

XXVI.

EL NUEVO TESTAMENTO
DE
NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO;

NUEVA TRADUCCION,

con advertencias preliminares, sumarios y notas;

POR

M. EL ABATE A. GAUME,

CANÓNICO DE PARÍS;

CON AUTORIZACION DEL ORDINARIO (1).

CARTA DEL MAESTRO DEL SACRO PALACIO.

Después de haber publicado el abate GAUME su traducción francesa del *Nuevo*

(1) Advertimos á nuestros lectores, que los lugares del *Nuevo Testamento*, y notas del abate GAUME, relativos á los mismos que publicamos, á continuación: añaden, principal; por no decir, únicamente; á las señales y caracteres del Anticristo; á la analogía; que existe, entre los tiempos actuales y los de su vida pública; y, por último, á la proximidad del fin de los tiempos.

N.

Testamento, con licencia del Ordinario, la ofreció al Reverendísimo Padre CIRINO, general de los Teatinos, consultor de la Sagrada Congregación del Índice. Este Reverendísimo Padre le remitió al Maestro del Sacro Palacio, quien, como es sabido, está oficialmente encargado por la Santa Sede de examinar los libros, para cuya publicación se desea el *Imprimatur Romano*.

Casi había transcurrido un año desde la comunicación hecha por el Padre CIRINO, cuando recibió del Maestro del Sacro Palacio la siguiente carta, que publicamos competentemente autorizados.

MUY QUERIDO AMIGO:

Habiendo confiado á dos sabios censores, en quienes tengo completa confianza, el exámen de la traducción francesa del *Nuevo Testamento*, hecha por el señor canónigo A. GAUME, de París, he recibido de ellos los dos siguientes dictámenes; el primero de los cuales se expresa en estos términos:

«No hallo dificultad alguna (son las palabras del censor) en declarar, que el Arzobispo de París ha autorizado justamente la publicación de dicha obra, puesto que está escrita en sentido ortodoxo y puede ser útil á los fieles que la lean».

El otro dictamen, más extenso, dice lo siguiente:

«He leído detenidamente el *Nuevo Testamento* traducido por el señor abate GAUME. No me creo competente para formar juicio acerca de la elegancia de la traducción francesa; pero puedo asegurar á vuestra paternidad reverendísima, que, habiéndola comparado con el texto latino de la Vulgata, no deja nada que desear en cuanto á exactitud, fidelidad, precisión y claridad.

«Empero, lo que me parece aguilatar más y más el trabajo del señor canónigo GAUME, son las notas y las observaciones con que ha enriquecido esta traducción. Las notas numerosísimas (llegan á unas cuatro mil próximamente) son un resumen claro y sustancial de los más acreditados comentarios de la Sagrada Escritura. Además, el autor sabe formular con expresiones adaptadas á las exigencias de la época, ciertas observaciones, que parecen novedades, y, sin embargo, son muy antiguas, conformándose en este punto á la regla de san Vicente de Lerins: *Non nova, sed nove*; calidad utilísima para inducir á que reflexionen acerca de las verdades eternas los ánimos distraídos de nuestro siglo. Esas notas contienen frecuentemente la respuesta y la explicación de ciertas dificultades, que raras veces se hallan en los comentadores modernos, y que, por la luz que arrojan, sirven en gran manera al que lee los sagrados Libros. A menudo contienen también breves exhortaciones y reflexiones piadosas.

»No obstante, lo que forma el mayor mérito de esta obra es, que un considerable número de dichas notas refutan errores de la propaganda Protestante. No contentándome

se esta propaganda con derramar y diseminar las versiones más ó menos defectuosas del Nuevo Testamento, ha formulado más de doscientas proposiciones ú observaciones respectivamente falsas, blasfematorias, injuriosas para la Iglesia, erróneas é impías, y las ha continuado en las últimas ediciones del Nuevo Testamento, que distribuye profusamente. Pues bien, el señor canónigo GAUME no ha dejado pasar una sola de estas proposiciones sin refutarla, ya directamente, ya comparándola con la verdadera doctrina de los siglos cristianos.»

A consecuencia, pues, de estos dictámenes favorables, no tengo ningún inconveniente en prometer, que, cuando se quiera reimprimir la obra en Roma, le daré con gusto mi *imprimatur*.

Me lisonjeo de haber hecho en obsequio vuestro cuanto me ha sido posible, y termino esta carta ofreciéndome mis respetuosos afectos, declarándome

Afectísimo servidor y amigo vuestro:

F. G. GIGLI,
MAESTRO DEL SACRO PALACIO.

Roma, en el Quirinal, 20 de enero 1865.

EVANGELIO DE SAN MATEO.

CAPÍTULO XXIV.

RCINA DE JERUSALEN Y DEL TEMPLO; FIN DEL MUNDO.

VERSÍCULO 3. «Estando sentado en el Monte del Olivar, se llegaron los discípulos y le preguntaron en secreto: Dinos, ¿cuándo sucederá eso, y ¿cuál será la señal de tu venida, y del fin del mundo?»

Las preguntas de los Apóstoles versan sobre tres cosas: la ruina del templo, una nueva venida del Cristo, y el fin de los tiempos. Las expresiones del Salvador, en su respuesta, se aplican alternativamente á

una ú otra de las dos catástrofes, y, á veces, á las dos juntas. La una era figura de la otra, y circunstancias análogas debían hacerlas semejantes en varios puntos. Lo mismo sucede respecto á la venida de Cristo como juez de Jerusalen culpable, y de su última venida como juez de todo el universo. En ambas hay castigo de los opresores, triunfo de la Iglesia, y salvación de los escogidos. La parte de la profecía que se alaba á los Judíos y su templo, se cumplió de un modo muy solemne diez y ocho siglos há: lo demás se cumplirá de un modo más solemne aún al fin del mundo.

Vers. 28. «Donde quiera que se hallare el cuerpo, allí se juntarán las águilas.»

En muchísimos lugares, habiéndose dispersado los Judíos, se arrojaron sobre ellos sus enemigos como aves de rapiña. Las águilas del infierno se precipitan donde quiera que hay un hombre muerto á la gracia. También puede significar esto la prontitud con que las almas glorificadas se dirigirán hacia la humanidad de Nuestro Señor. Esta última interpretación es la que se prefiere cuando se compara este pasaje con el correspondiente de san Lucas, XVII. De este modo, los justos, cuya resurrección les rejuveneció de un modo más perfecto que al águila, se habían unido al cuerpo de Nuestro Señor inmolado para todos, y á su cuerpo místico, que es la Iglesia, y allí habían encontrado la vida de la gracia. Hoy se precipitan con amor hacia el mismo cuerpo glorificado, y en él encontrarán eternamente la vida de la gloria. Los malos recibirán también la inmortalidad, y la orden de reunirse un momento cerca de ese cuerpo divino; pero, semejantes al buitro que se alimenta de corrupción, no pueden aspirar ya al alimento celestial; así, pues, se verán muy luego expulsados y reducidos al espantoso pasto del infierno. En los Libros santos se encuentran muchas imágenes de esta naturaleza, que eran familiares á los Orientales.

Vers. 36. «Más en orden al día y á la hora nadie lo sabe, ni aún los Angeles del cielo, sino solo mi Padre.»

El Padre, y el Hijo, y el Espíritu Santo, son un solo Dios con la misma ciencia infinita. Si solo se nombra el Padre, es en su cualidad de primer Principio, pero sin exclusión de las otras dos Personas divinas. Nuestro Señor, en cuanto hombre, no ignoraba tampoco el día, ni la hora, porque su alma recibió, por su union hipostática con el Verbo, todos los tesoros de la ciencia y de la sabiduría. Luego, pues, cuando en san Marcos, XIII, 32, añade, que ni aún el Hijo lo sabe, quiere darnos á entender, que allí se trata de un conocimiento al que no pueden naturalmente llegar los hombres, ni los Angeles; y que El no debe comunicar la revelación que de ello se le ha hecho en su cualidad de Hombre-Dios. Es un secreto reservado en los consejos divinos, y que El, embajador de Dios cerca de los hombres, tiene orden de no divulgar. Posee, por consiguiente, esa ciencia, como no poseyendo-la relativamente á nosotros; puesto que, no solamente no tiene misión de dársela, sino que, bajo este concepto, se resolvió el silencio en los decretos de la adorable Trinidad. Por lo demás, há aquí un principio que cada uno admite como muy legítimo: No falta á la verdad el que afirma ignorarlo que una ley justa le obliga á callar: es como si dijera simplemente, que no puede revelarlo. Frecuentemente, empero, sería insuficiente esta última fórmula para proteger el secreto: la primera cierra con más seguridad la puerta á las instancias y á las quejas de la indiscreción. De este modo reprimen las respuestas del Salvador las vanas y peligrosas curiosidades; pero dice lo bastante para que, en el tiempo fijado, los que quieran valen con formal cuidado, y puedan conocer que se acerca el fin. Tampoco era difícil para los Apóstoles el comprender, que quien, con tal autoridad, describía las circunstancias del fin de los tiempos, sabía perfectamente su época exacta; pero, que una razon de profunda sabiduría le hacía tener oculta su ciencia acerca de este último punto.

Vers. 39. «Los hombres... no pensaron jamás en el diluvio hasta que le vieron comenzado, y los arrebató á todos: así sucederá en la venida del Hijo del hombre.»

Vemos con frecuencia, que, en las calamidades públicas ó privadas, el pecador se

hace ilusiones, y llega hasta á empedernirse á los golpes de la justicia divina, sobre todo, cuando hay algunos momentos de plazo ó espera. Pues bien, diversos pasajes de la sagrada Escritura, y de los Padres, parecen anunciar, que en medio de los espantosos acontecimientos, que prepararán la catástrofe final, habrá un intervalo de paz y descanso, del que abusarán los insensatos para tranquilizarse, endurecerse, y emprender otra vez su acostumbrado género de vida, semejantes en esto á ciertos precursores infalibles de la última agonía: se persuaden el enfermo de que está curado, desprecia las precauciones, y muere al día siguiente.

EL NUEVO TESTAMENTO.

EPÍSTOLA DE SAN PABLO Á LOS ROMANOS.

Advertencia preliminar.

I.

El Apóstol se propone manifestar en esta Epístola, que no se concedió á los Judíos la gracia del cristianismo por haber dado cumplimiento á la ley de Moisés, ni á los Gentiles por haber observado la ley primitiva; sino que se concedió á unos y otros gratuitamente, y por la sola misericordia de Dios.

Habíase suscitado una disputa entre los nuevos cristianos de Roma, procedentes del judaismo, los unos, y del paganismo los otros. Los Judíos bautizados, orgullosos por su nacimiento, y creyéndose únicos herederos de las promesas hechas á sus padres, miraban á los Gentiles como un pueblo indigno de la fe, por sus errores y sus desarreglos, admitido solamente por favor en la sociedad de los santos; querían hasta obligarles á las observancias legales de Moisés. Los Gentiles convertidos echaban en cara á los Judíos graves y numerosas prevaricaciones, por las que dicho pueblo se había desheredado voluntariamente, y había

perdido todos sus derechos. Sin embargo, Judíos, y Gentiles, confiando, ya, en algunos de sus actos cuyo valor exageraban, ya, en las virtudes y buenas disposiciones de varios de sus antepasados, estaban persuadidos del mérito de sus obras, hasta el punto de pretender, que la luz del Evangelio era para ellos una justa recompensa.

San Pablo recuerda á unos y otros sus prevaricaciones, y les demuestra, que las mismas cosas de que ellos se gloriaban, no tenían en sí virtud para justificarlos, ni para merecerles la gracia de la justificación. La justificación, siendo obra de la misericordia divina, procede de la fe informada por la caridad. Y, no solamente esta fe es un don de Dios, sino que las mejores obras no tienen sin ella, ni ante ella, mérito alguno sobrenatural. Se esfuerza á inculcarles, que nadie, ni pueblo ni individuo, tiene en presencia de Dios el derecho de gloriarse, ó de quejarse, sino el deber de humillarse y de implorar su misericordia. Muéstrales que todos los hombres, manchados en Adán, heredaron de ese padre culpable el pecado de la concupiscencia, y no tienen esperanza de salvación sino en Jesucristo, que es el gran don de la bondad divina. Así como todos están comprendidos en la condenación, todos tienen un sitio, más ó menos visible á nuestros ojos, en los designios misericordiosos de regeneración universal. La gracia de la Redención es superabundante, ofrecida y aplicable á todos, sin distinción de raza ó de país. Pero hay hombres que le oponen obstáculos, ó que llegan á serle infieles, y que de este modo se pierden por culpa suya. No se contenta con realzar los maravillosos efectos de la Redención, y enumerar los frutos de la fe, para excitar en ellos sentimientos de gratitud y de confianza, sino que les recuerda los deberes que impone una tal vocación, y la necesidad de vivir de un modo digno de ella. De ahí los preceptos y los consejos que les dá, unas veces, como de paso, otras, en algunos capítulos separadamente.

Este es el conjunto de la epístola. Respecto á los detalles, hay algunas expresiones, que podrían ser mal comprendidas; y para que se las comprenda bien, creemos útil dar algunas breves explicaciones; que podrán también servir para otras epístolas, en las cuales, bajo diversas formas, se encuentran las mismas ideas.

II.

CARNE. San Pablo, de ordinario, se sirve de esta palabra para expresar, ora la concupiscencia en general, con sus diversos apetitos desordenados; ora las inclinaciones depravadas del cuerpo; ora, en fin, el mismo hombre, como terreste, carnal, animal. Hay en todos estos casos una idea de degradación y de peligro, que llama la humildad, la desconfianza, el temor, y el empleo de los medios propios para levantar de su bajeza nuestra naturaleza caída, y darle la nobleza del hombre regenerado en Jesucristo. Sin embargo, alguna vez esta palabra, por oposición con el espíritu, significa simplemente el cuerpo, ó la sustancia material unida al alma, y formando con ella un solo todo, que se llama persona humana.

III.

FE. La Fe, á la que atribuye san Pablo la justificación, no es la simple aquiescencia del espíritu á las verdades reveladas, que puede ser estéril, inanimada, sin acción. Toma la fe en una acepción más extensa y más completa, por todo el conjunto de la religión cristiana, que se encontraba ya en germen do quiera que habia elegido ántes de la venida de Jesucristo; y sin el cual nadie se ha salvado, ni podrá nunca salvarse. En este sentido, comprende, con la adhesión á la palabra de Dios, la confianza en él, su amor, y la observancia de sus preceptos. Nombra especialmente la fe, porque es el comiezo de nuestra salvación, el fundamento y la raíz de toda justificación. Opónela frecuentemente á la ley de Moisés, y á la filosofía natural, á fin de mostrar, que ni una, ni otra tienen valor real para la salvación, sino por Jesucristo, quien debe ser su principio y su vida; y que, sin Jesucristo, son vanas é impotentes para conducir al hombre al fin sobre-natural para el cual le crió Dios. La fe es un don de Dios; nosotros creemos por su gracia: pero, es al propio tiempo una virtud: no se impone, sino que exige una docilidad voluntaria. El que se queja, pues, de no tenerla, debe imputárselo á sí mismo.

IV.

JUSTIFICACION. Estas palabras, *justo, justicia, justificar, justificación* expresan alternativa, y alguna vez juntamente, la exención del pecado, la conformidad de todo el hombre con la ley á la que está sujeto, el estado de un hombre inocente y agradable á Dios, el acto por el cual Dios purifica una alma, le da la gracia santificante, le hace santo, y le pone con él en relaciones de caridad sobrenatural. En algunas circunstancias, *justicia* significa tambien los secretos juicios de Dios sobre los hombres, ó el atributo por el cual dá á cada uno segun sus obras. En varios pasajes se toma tambien esta palabra en el sentido de justicia meramente legal, ó de conformidad con las prescripciones de la ley de Moisés.

V.

LIBERTAD. Cuando el Apóstol atribuye á la gracia nuestra justicia y sus consecuencias, léjos de excluir la libertad humana, la supone. Conviene, empero, referir esos bienes excelentes á la causa principal, sin la que no podria la causa secundaria producir, ni siquiera concebir nada que se le asemejara. Esta última, aún cuando puede obrar, ó no obrar, permanece una miserable esclava, que apenas merece se la nombre en presencia de la Reina, de la que recibe toda su luz, toda su fuerza y toda la dignidad de sus obras. Por otra parte, bajo el nombre de *libertad de los hijos de Dios, libertad cristiana, libertad evangélica*, sería absurdo entender la exención de los preceptos del Evangelio y de los deberes de la vida cristiana. Estas palabras significan la exención en este mundo de la esclavitud, ya de las observancias mosaicas, ya del pecado, ya del demonio, ya de los vicios; y en el otro, la exención de la concupiscencia, de la miseria, y de la muerte.

VI.

LEY. Jamás ha estado el hombre sin ley, y no es el quien ha hecho la ley comun á todos, sino Dios, que se la ha dado criándolo-

lo. Pero Dios no ha criado al hombre para un fin puramente natural, sino que le dió una ley proporcionada á su destino sobrenatural, con los medios necesarios para observarla. El pecado ha ofuscado la inteligencia, debilitado la voluntad, disminuido la gracia; pero no ha destruido la ley primera y fundamental, ni suprimido enteramente los medios de cumplirla. En virtud de la gracia del Redentor prometido, se ha conservado, aunque menguando siempre, en medio de los extravíos del género humano, ese patrimonio comun de deberes, de auxilios, y de esperanzas. Pero, entre los pueblos, se escogió Dios uno, que ha sido el objeto de una particular asistencia, y se le dió una nueva revelación, comenzada en Abraham, completada y escrita bajo Moisés. Esta ley, llamada ley escrita, ley de Moisés, ó simplemente la ley, comprende preceptos morales, que son una promulgación nueva de la ley primitiva, con mandamientos ceremoniales y judiciales.

Los Judios debían observar unos y otros. Todos los pueblos, segun el grado de luz que les habia quedado, debían observar los primeros, conservados, á pesar de graves alteraciones, por la tradición, la razon y el sentido interior en el corazon de todos los hombres donde lo habia escrito el dedo de Dios: los segundos, particulares á los Judios, no obligaban á los Gentiles. Segun estos principios, se mide la parte de pecado de unos y otros. Y como los Judios se prevaleían mucho del privilegio de la ley, les muestra San Pablo, que no consiste en ella la justicia, sino que, por el contrario, la transgresion hacia mas culpables á los que la recibieron; que no es la observancia puramente material la que justifica, sino la fe animada por la caridad, que hace practicar las obras de una manera digna de Dios. Recuérdales, que la gracia del Redentor, necesaria á todos, no se habia negado ni á los unos ni á los otros, bien que fuera más abundante en los Judios.

A veces toma tambien el Apóstol la palabra *ley* en un sentido indirecto, para significar una especie de servidumbre á las pasiones, ya del cuerpo, ya del alma. Es la concupiscencia, que ejerce en el hombre caído una tiranía, cuya peligrosa presión experimenta á pesar suyo, pero á la que puede y debe siempre resistir. He aquí, por que en la tierra debe ser la vida del hom-

bre, y es, una lucha permanente, para debilitar al tirano, é impedir que domine nunca en la voluntad. De este modo comprendemos, que somos libres de observar la *ley* de Dios, que nos guía al bien; pero libres con una libertad defectuosa, que nos deja la posibilidad de obedecer á la ley de las malas inclinaciones. De ahí, las aspiraciones del Apóstol hacia la libertad perfecta, donde no existirá ya ese deplorable antagonismo. Véanse aqui los artículos, *libertad, y pecado*.

VII.

OBRA. Cuando san Pablo habla de justificación sin las obras, quiere significar, que el hombre, ántes de ser justificado, no puede hacer ninguna obra que merezca la justificación, ninguna á la que pueda atribuirle, ninguna siquiera que, propiamente hablando, sea meritoria de una gracia cualquiera: dedítase sobre todo á desengañar á los Judios, que pretendían hacerse con obras totalmente exteriores un título á la verdadera justicia. Pero, no significa esto que ántes de la justificación sean malas todas las acciones del hombre, ni que pueda descuidar los actos moralmente buenos, ni siquiera que no deba, ayudado de la gracia que toma todas las formas, disponerse con laudables disposiciones y actos á recibir el inmenso beneficio de la fe y de la justicia.

VIII.

PECADO. La palabra pecado no se toma siempre por el pecado propiamente dicho, ya original, ya actual; sino que á veces significa la concupiscencia, que es consecuencia y causa de pecado, aunque no sea imputable á culpa cuando la voluntad es ajena á ella; ó por el fondo de naturaleza viciosa y corrompida que nos legó Adán, y que produce el pecado si se la deja hacer; ó tambien por una especie de tiranía, una clase de personificación del mal, que inclina hácia el pecado, y somete á él realmente, si se admite voluntariamente su dominio, y se presta uno á sus exigencias.

IX.

PREDESTINACION. Esta palabra expresa, en general, un decreto anterior y formal, por el

que Dios quiere, que tal criatura llegue a un fin determinado, y le otorga los medios para ello. Distinguenos dos clases de predestinacion, de eleccion, de vocacion (porque a menudo se emplean estas palabras como sinónimas): la una, á la gracia; la otra, á la gloria: además, esta se divide en comenzada y en completa. Acerca de ellas, sin entrar en todas las explicaciones de los doctores, bastanos tener muy presentes los puntos que siguen: 1.º Dios quiere que todos los hombres se salven. 2.º A todos da gratuitamente los medios para salvarse, si bien con medida y manera diferentes, sin que ninguno tenga derecho para quejarse ó enorgullecerse por la parte que se le ha dado. 3.º Estos medios son á lo ménos siempre suficientes para el que quiere aprovecharlos. 4.º No imponen necesidad, pero exigen el libre concurso de la voluntad para llegar efectivamente al objeto. 5.º Por su naturaleza, preparan, fijan, conservan, desenvuelven en el hombre la fe, á lo ménos implicita, en el Redemptor, sin la que es imposible salvarse. 6.º Ora en la medida de los auxilios que preparan á la fe, ora en el modo con que se ofrece y da, ora por la preferencia concedida á los unos, ora en el abandono aparente de los otros, ora en el grado de conocimiento ó la forma de adquisicion que exige, existe un lado misterioso é insondable, propio para conservarnos en la humildad y el respeto debido á Dios, dueño siempre de sus dones y fiel á sus promesas; en el temor de nosotros mismos, propensos al mal y capaces de desviarnos: en unos sentimientos de reserva llenos de caridad con relacion á los infieles, sabiendo que Dios siempre quiere salvarlos, é ignorando si ya tales ó cuales corresponden al llamamiento divino, de un modo que nos es desconocido, pero que lo conoce el Escribidor de los corazones. 7.º No hay predestinacion para el mal, ni la condenacion; y ningún pecador ha podido ni podrá jamás acusar á Dios, con justicia, ni de su pecado, ni de su endurecimiento, ni de su pérdida eterna. 8.º De cualquier modo que se expliquen ciertos pasajes difíciles acerca de la predestinacion, debe cuidarse siempre de poner completamente á salvo los atributos de Dios, y la libertad del hombre; porque seria falsa y condenable toda interpretacion que no lo hiciera.

Las Epístolas de san Pablo son una mina extremadamente rica, que puede explotarse siempre sin agotarla jamás. Son un arsenal brillante y muy provisto, que contiene toda clase de armas poderosas contra todos los errores. Forman, en su conjunto, un magnífico comentario del Evangelio. Por esto, los herejes de los primeros siglos, viendo claramente en ellas su condenacion, procuraron desacreditarlas por todos los medios posibles. Sus sucesores, los supuestos reformados, no se han atrevido á atacarlas directamente, y han cambiado de táctica. fingiendo respetarlas mucho, desnaturalizan su sentido, y se esfuerzan en cambiarlo á favor suyo. Supuesto esto, véanse tambien algunas indicaciones para ayudar á descubrir el vicio de su método, y confundir su mala fe.

1.º Teniendo muy presentes la causa, y el fin de la Epístola, se comprende mucho más facilmente el verdadero sentido de varios pasajes, de los que hace la herejía aplicaciones absolutamente contrarias á la idea del Apóstol. Con esto se comprende la utilidad de notas y extractos católicos. 2.º Sea la que fuere la inmensidad de la doctrina contenida en sus Epístolas, no quiso san Pablo dar un curso continuado y completo, segun nuestras formas de exposicion, ni hacer inútil la enseñanza oral. Hasta se contenta, á veces, con sentar un principio amplio y facendo, sin desenvolver sus consecuencias. No se puede, pues, prevaler nadie ni de su silencio, ni de su método, para negar todo lo que él omite, ó no dice de una manera explícita. 3.º La profundidad de los misterios que aborda, y la superioridad de vista con que los trata, hacen que, á veces, nos cueste trabajo el seguirlo y comprenderlo. Nuestros herejes se aprovechan de esas oscuridades, para blasfemar de san Pablo, representándolo como su cómplice, y lo hacen decir monstruosidades. El católico, empero, no curándose de la audacia, ni de las sutilezas del talento individual, acude y se remite á la autoridad de la Iglesia, fiel depositaria, ya de la palabra, ya de la idea del grande Apóstol. Con esto tiene seguridad, y llega á la inteligencia. 4.º Para juzgar bien la doctrina de san Pablo, debe verse su conjunto. Pues bien, ese conjunto es

la exposicion luminosa de la verdad católica, y la condenacion manifiesta de toda herejía. En vano, pues, introducen incidentes los sectarios acerca de una palabra, ó de una frase del texto; porque ántes ya de todo examen, consta ciertamente, que aquella palabra y aquella frase no pueden, ni contradecir el conjunto de la doctrina de san Pablo, ni justificar ninguna de las pretensiones de la herejía.

EPÍSTOLA SEGUNDA Á LOS TESALONICENSSES.

Nota preliminar.

I.

El motivo de esta segunda Epístola fué la alarma que habia producido entre los Tesalonicenses un pasaje de la primera, acerca de la proximidad del juicio final. San Pablo explica su sentido, y dá, en particular, dos señales que anunciarán el último dia. Pero no se limita á esto, sino que reitera las prescripciones y los consejos de la Epístola anterior, insistiendo enérgicamente en la correccion de aquellos, que tenian la mala costumbre de perder el tiempo.

II.

Esta Epístola, aunque es muy breve, ofrece un interés excepcional, por causa del asunto que trata en la primera parte; lo que nos obliga á dar explicaciones preliminares algo extensas; porque no resaltaría tan perfectamente el conjunto con notas aisladas, unas de otras, en el texto.

III.

Nadie, hasta ahora, puede determinar de una manera cierta la última hora del mundo: es licito, empero, conjeturarla; con mayor ó menor probabilidad, por el estudio de las señales precursoras; estudio que ilustra al fiel acerca de muchas cosas, ántes oscuras, á medida que se desarrollan y se caracterizan más los acontecimientos. Hé aquí porque damos en este lugar algunos

sumarios, que pueden ayudar á la mejor comprension de lo que dice san Pablo, al principio del segundo capítulo, y los presentamos sin perjuicio de las interpretaciones más acertadas de hombres competentes. Sobre todo, las presentamos con perfecta suision á lo que la Iglesia tenga á bien enseñarnos, cuando juzgue á propóposito ilustrarnos más acerca de esta grave materia.

IV.

Primero ha de acontecer la apostasia, v. 3.

Por esta palabra, *apostasia*, entiendo comunmente los intérpretes una desercion, una especie de apostasia general, un estado permanente de rebelion contra la autoridad, una separacion casi universal de la Iglesia romana, origen y centro de la verdadera doctrina, madre y maestra de todos los hijos de Dios, reina de todos los pueblos que aspiran á ser incorporados al reino eterno del gran monarca Jesucristo.

Cuando vino por primera vez el Hijo de Dios, estaba el imperio Romano en el apogeo de su poder, y dominaba en todas partes, teniendo por jefe invisible á Satanás, en cuyo provecho se realizaban las prodigiosas empresas de aquel gran coloso.

Cedió el puesto al imperio espiritual de Roma cristiana, que abraza tambien á todo el universo, pero cuyo jefe invisible es Jesucristo, á quien proclamó el Padre, Duño del mundo, y á quien debe referirse todo, y estarle sometido.

Luego, pues, cuando los pueblos, para quienes este nuevo imperio es la salvacion y la vida, y que no puede perecer sin que perezca el mundo con él, hayan declarado manifiestamente, por medio de apostasias y rebeliones casi unánimes, que no quieren pertenecer á él; esta declaracion será una señal de que está próxima la última venida de Jesucristo.

Debe observarse tambien, que Satanás no ha perdido nunca de vista la ciudad de Roma, donde reinaba é antiguamente, como soberano en los cuerpos y en las almas. Continúa ha ido dando vueltas alrededor de ese patrimonio predicho, suscitando en todas partes é incitándole los odios violentos ó astutos, contra el poder que substituyó al suyo. Mentira, intriga, violencia, traicion, hipocresía, poco le importan

los instrumentos y los medios; quiere recobrar su antigua capital.

Si un día sus agentes, con quienes está en conspiración permanente, consiguen alejar definitivamente de Roma al Vicario del Cristo, cuya doble realeza le horroriza y atormenta, ¿no será, por ventura, la señal de un profundo rompimiento de la unidad del bien, la resurrección de la unidad del mal, la restauración del imperio satánico, el anuncio de la tiranía universal, el preludio de los grandes y supremos dolores?

Algunos creen, que la palabra *apostasia*, empleada por san Pablo, significa también las defecciones y las rebeliones de los pueblos con respecto a los soberanos, las defecciones y las rebeliones de la razón humana respecto de la revelación divina, las defecciones y las rebeliones sistemáticas y razonadas de los cristianos con respecto a la ley moral del Evangelio.

Otros, finalmente, comprenden también entre las apostasias, que señalarán el fin de los tiempos, la conducta de muchas personas de bien, seducidas en parte por ideas nuevas, ó engañadas por la esperanza de llegar á conciliaciones imposibles; personas que involuntaria, pero desgraciadamente, contribuirían, según esta interpretación, al descrédito de las sanas doctrinas, y á la confusión general de los ánimos.

Si un día, pues, se realiza en grande escala ese trabajo de apostasia y de separación, con la ayuda ó la connivencia de muchas personas recomendables, por otra parte, pero oscurecidas, ¿será imprudente entonces prever en ello una próxima disolución? ¿Sería acaso temerario conjeturar, que quizás no esté lejana la muerte, cuando numerosas y extraordinarias causas conspiran por romper los lazos que unen el alma y el cuerpo?

V.

Antes de la crisis final aparecerá el Anticristo, quien lo encontrará todo dispuesto para recibirle, y cuyo reinado, preparado con mucha anterioridad, será espantoso y verdaderamente satánico. Es el *hombre del pecado, el hijo de la perdición, el cual se opondrá á Dios, y se alzará contra todo lo que se dice Dios, ó se adora; hasta llegar á poner su asiento en el templo de Dios, dando á entender que es Dios*, v. 3, 4. Es el *inícuo*

que vendrá con el poder de Satanás, con toda suerte de milagros, de señales y prodigios falsos, y con todas las ilusiones que pueden conducir á la iniquidad, v. 8 y 10.

Después de la predicción del Apóstol, no debemos examinar si son posibles la existencia y el buen éxito de semejante monstruo: porque su palabra es la del Espíritu Santo, y sabemos que se verificará en todas sus partes. No estamos obligados á saber cómo llegará Satanás á manifestar ó imponer á la tierra al hombre del pecado, que él le prepara. En muchas cosas no se nos alcanza desde luego el cómo, y solo se nos manifiesta después del acontecimiento de las mismas. Con todo, aquí la misma ciencia, las preocupaciones y las prácticas de nuestra época nos demuestran un número de posibilidades, de las que se aprovechará quizá para llegar á sus fines. No decimos nosotros: Héc aquí cómo obrará en sus procedimientos: le quedan tantos otros recursos, y pueden sobrevenir tantos acontecimientos, que no prevé la sabiduría humana! Decimos, empero, que después de examinado lo que pasa á nuestra vista, descubrimos ciertos medios de que podría valerse; hasta el punto, de que ninguno de los caracteres *del hombre del pecado* no tiene nada que pueda causarnos un asombro que se parezca á una tentación de incredulidad. Efectivamente; ¿cuáles serán los principales caracteres del Anticristo?

1.º *Vendrá rodeado de poder*. De todas partes parece que se empeñan en demostrar al mundo, cómo pueden agruparse, organizarse, centralizarse, absorberse todas las fuerzas individuales, de modo, que se tengan á la mano, y pueda usarse de ellas, sin temor de formal censura ó de resistencia eficaz.

Demuéstrase cómo, en caso necesario, se compran las conciencias, y cómo se rebajan á precios, que no es difícil pagarlos.

Demuéstrase cómo se pueden multiplicar los medios de comunicación, acortar el tiempo, hacer que desaparezcan las distancias; y la ciencia no ha manifestado aún sus últimas fórmulas tocante á este punto.

Demuéstrase, que inmensos progresos pueden hacer el arte de matar ó de avasallar; y ¿quién sabe dónde se detendrá?

Demuéstrase cómo el espíritu revolucionario, bajo el mentido nombre de libertad, puede empujar á los pueblos al encuentro de alguna tiranía universal.

Demuéstrase cómo se puede adornar la *reina del mundo*, la opinión, y familiarizarla con la idea de algún imperio gigantesco, á imitación del de Roma pagana, destruyendo y absorbiendo muchas nacionalidades.

2.º *Será el ínacu*, ó el hombre sin ley. Ciertamente, que existen muchas leyes. Pero de algún tiempo acá, trabajan los legisladores para dar cumplimiento á la máxima pagana, de que César no está sujeto á ninguna ley. Tienen luego las muy elásticas leyes de necesidad y de conveniencia propias, para dejar muy satisfecho al que no reconozca más ley que su capricho. Finalmente, para más ilustrarnos, se ha proclamado un *derecho nuevo*; pero de tal manera nuevo, que es una horrorosa combinación de iniquidades anatematizadas por todos los siglos cristianos: un *derecho nuevo*, que sanciona los más odiosos despojos, y justifica previamente todas las empresas contra la religión, la sociedad, la familia y la propiedad. Comprenderemos, que con esto, algo más perfeccionado aún, no tendrá el Anticristo escrupulo, ni sentirá molestia por parte de la legalidad, y que podrá hasta pasar, en concepto de sus partidarios, por un hombre que conoce su siglo.

3.º *En cuanto á la facilidad con que se crearán sus mentiras y engaños, tendremos necesidad de demostrar; ¿cómo llegan los hombres á fastidiarse de la verdad, y recrearse en la mentira? ¿Cómo pueden perfeccionarse la astucia y la hipocresía, hasta el punto de librarse de la deshonra, y contar con aplausos? ¿Cómo se apasiona á los muchedumbres con algunas palabras engañosas, ó algunas frases de doble sentido? ¿Cómo puede ponerse en boga la promesa de Satanás: *Sereis como dioses*, y devolverle todo su poder de fascinación? ¿Cómo el hombre se convierte en amigo y víctima de la mentira, á medida que se hace enemigo de la verdad?*

¿Es acaso imposible, que el Anticristo encuentre un día un mundo depravado generalmente en sus gustos, con hambre y sed de embustes, y esperando con ansia su cotidiano alimento?

¿Es acaso imposible, que tenga á su servicio una prensa provista en todas partes de poderosas máquinas, y de innumerables preparadores, que no cesen de fabricar y suministrar su envenenado alimento á los insaciables apetitos de sus súbditos?

¿Es acaso imposible, que, hasta en los que conservan cierto amor á la verdad, encuentre muchas personas, que preñeran recibiría mermada, mezclada, neutralizada, preparándose de este modo para comer sin repugnancia el pan totalmente amasado con mentira?

Ahora está demostrado ya la posibilidad de todo esto. Luego, pues, no será extraordinario, que encontrando el gran Embustero acostumbrados los hombres á un régimen semejante, los halle, por lo mismo, dispuestos á dar buena acogida á su Enviado, abundantemente provisto de todos los recursos necesarios para lisonjear las pasiones, las costumbres, y las preocupaciones dominantes.

4.º *Vendrá con toda suerte de milagros, de señales y prodigios falsos*. Sin que podamos decir cuáles serán los prodigios obrados por el Anticristo, sabemos que siempre tendrán un sello, que permitirá descubrir su origen y objeto; de modo, que no los confundan los elegidos con los verdaderos milagros.

Pero, es acaso imposible, que se aproveche él con rara habilidad de las circunstancias en que se presente, y de las disposiciones en que encuentre los ánimos? Es, por ventura, imposible, que estas circunstancias y estas disposiciones se las hayan hecho muy favorables una multitud de causas antiguas y modernas, cuyo conjunto, explotado por él, sirva de introducción y cómo de pasaporte á las más abominables empresas?

¿Es acaso imposible, que se dirija á un siglo asombrado de ciertos descubrimientos, de ciertos adelantos en el dominio de la naturaleza física, no conociendo límites á su orgullo, por causa de la multiplicidad de las aplicaciones que habrá hecho de la ciencia en el órden material? Pues bien; el diablo es un físico y un químico incomparablemente más hábil, que todos los físicos y todos los químicos más expertos. ¿Qué no sucederá, pues, cuando Dios le permita poner al servicio del Anticristo la ciencia de que se halla abundantemente provisto el ángel, no obstante su caída? ¿No encontrará, por ventura, en las maravillosas operaciones, que enseñará al hombre de su diestra, y al acólito de que habla S. Juan, Apoc. XIII, 11-13, extraños medios para deslumbrar y seducir á hombres completa-

mente abortos en las combinaciones de la materia?

¿Es imposible, que se dirija a un siglo, que desea estar en relaciones con el mundo de los espíritus, buscándolas empero en el comercio con el demonio? El espiritismo, que de algunos años acá trastorna tantas cabezas, y que intenta ya bair en brecha varios de nuestros dogmas ¿no sería, por ventura, una preparación para hechos todavía más extraordinarios? El diablo no ha revelado aún todos sus artificios y todos sus prestigios en este género. Quéñale todavía unos secretos más sorprendentes, que por muchos siglos practicó con buen éxito entre los paganos. Cuando, pues, se haya paganzado algo más el mundo ¿no tendrá el gran Prestidigitador numerosas probabilidades de lograr un buen resultado?

6.º *Será el hombre del pecado, el hijo de la perdición.* Pero, héos aquí, que hace ya mas de mil ochocientos años, que trabaja Satanás en preparar el hombre del pecado; y más de una vez el mundo espantado ha creído que había ya nacido. Los enemigos de Nuestro Señor y de su Iglesia, suscitados por él á través de los siglos, no eran, sin embargo, sino unos abortos; porque la tierra no había merecido aún el último castigo. Pero estos hombres han preparado los caminos al que, reuniendo en sí toda su maldad, tendrá las condiciones necesarias para consumir la obra de perdición.

6.º *Vendrá con todas las ilusiones que pueden conducir á la iniquidad.* Si llega, empero, en medio de las sociedades entregadas á la anarquía de las ideas, á los instintos groseros ó refinados de la carne, á merced de todo viento de doctrina, acostumbrados ya á poner bajo un mismo nivel el error y la verdad, el vicio y la virtud, comprendiendo solamente los goces materiales, ávidos de lujo y de nuevos medios de corrupción; ¿no encontrará ya hecha por mitad su espantosa obra, y necesitará grandes esfuerzos para completarla?

7.º *Se hará adorar como si fuera Dios.* ¿Puede todavía parecer inverosímil esto, desde la difusión de las doctrinas panteístas, que hacen del linaje humano una porción integrante de la Divinidad: desde que se ha visto á la misma prostitución colocada en el templo del Señor, para recibir en él un incienso sacrilego: desde que se vé la triple concupiscencia de la carne, de los

ojos, y del orgullo, erigida en divinidad, á la que se sacrifica todo, no por un impulso pasajero de la naturaleza corrompida, sino por principio acordado, y por cálculo permanente?

El Anticristo tendrá la fuerza, el poder, la riqueza, el boato exterior, el poder de ensalzar, ó de humillar, de hacer monificencias, ó de quitar la vida. Para participar de sus favores ó librar de sus iras ¿qué hombre, que haga consistir la felicidad en los bienes de este mundo, no mirará como un acto de prudencia y de buena política el concederle los honores divinos que exija? El que ya no quiere un Dios verdadero, se fabrica uno, ó acepta otro, que le indique la pasión, ó la necesidad del momento.

VI.

El misterio de iniquidad va obrando ya. No pretendemos determinar de una manera rigurosa y exacta el sentido de estas dos palabras: *misterio de iniquidad*; pero, hós aquí algunas consideraciones, que pueden ayudar á comprender, en parte á lo ménos, la idea del Apóstol.

El inefable misterio de justicia y de santidad, oculto á las generaciones antiguas, pero preparado desde el principio, se manifestó por la encarnación del Verbo, restaurando el mundo á la imagen de Dios.

Luego que estuvo cumplida la obra del Redentor, preparóse un misterio de iniquidad, que se revelará por una especie de encarnación del diablo en el Anticristo, procurando rehacer el mundo á la imagen de su padre.

Bajo este supuesto, quien estudie atentamente las instituciones y las obras de Satanás, desde la venida de Nuestro Señor, descubrirá fácilmente su único é invariable objeto, sea cual fuere la naturaleza de las combinaciones que emplee, ó la oscuridad con que envuelva sus maquinaciones; y es la destrucción del reino de Jesucristo; por consiguiente, la destrucción del catolicismo, por el cual reina Nuestro Señor en el mundo. Por esto, la verdadera divisa de Satanás, salida de todos sus cooperadores, ha sido, después, la misma siempre: *No queremos que él reine.*

A contar desde la época en que San Pablo nos avisa, que se organizaba el trabajo, y que ya funcionaban los obreros de iniqui-

dad, nos manifiesta la historia de las herejías y de los cismas, la historia de las diversas restauraciones paganas, la historia del espíritu revolucionario y de las sociedades secretas, cualquiera que sea su nombre y rito, al Formador del Anticristo, prosiguiendo su objeto con una paciencia infatigable, y una asombrosa variedad de medios.

VII.

De este modo, una mirada sobre el trabajo preparatorio de Satanás demuestra con evidencia, que puede él realizar el personaje de que habla san Pablo, y hacerlo aceptar. Hé aquí, empero, un hecho de grande significación y cuya importancia comprenden pocas personas.

De mucho tiempo acá, se dedican á rehabilitar y sacar á relucir los hombres, que tienen un parentesco más manifiesto con el Anticristo; y este trabajo lo hacen personas bautizadas, que desfiguran la historia ó le imponen silencio, según la necesidad de su obra. Y no se limitan á esto, sino que en una infinidad de composiciones representase familiarmente con el mismo diablo, y se conceptúan por muy honrosos los papeles que se le atribuyen. Aún más: se le llama, se le invoca, y se maldice á los que se atreven á calumniarle.

Por otra parte, la misma escuela anticristiana desfigura y mancha los retratos de los Santos, de los defensores de la fe, y de los protectores de la religion. Ni perdona al mismo Nuestro Señor; sino que, respecto de él, lleva la audacia más allá de los límites de la blasfemia ordinaria: no solamente le despoja de su divinidad y desnaturaliza su doctrina, sino que le reduce á las proporciones de un mito sin personalidad propia.

Cuando llegue, pues, el día en que, algo más borrado aún el sentido cristiano, haga el Anticristo oír solemnemente el grito de guerra contra Nuestro Señor: *No queremos que reine más sobre nosotros*; ¿cómo, acaso, que le será difícil hallar un eco que lo repita?

VIII.

Vendrá con todas las ilusiones que pueden conducir á la iniquidad á aquellos que se

perderán, por no haber recibido y amado la verdad á fin de salvarse. v. 10.

Nuestro Señor es la caridad de la verdad, y la verdad de la caridad; la caridad al servicio de la verdad, y la verdad al servicio de la caridad: dá la verdad porque ama, y ama porque dá la verdad. ¡Ay del que no recibe ó no ama la caridad verdadera, y la amorosa verdad, porque será presa de Satanás! Pero, Satanás, homicida y embustero por excelencia, es el odio en la mentira y la mentira en el odio; el odio de la verdad, y la verdad del odio: él aborrece, odia; hé aquí, porque distribuye á sus víctimas el error, que mata, y dándole la mentira, que es su propio alimento, quiere satisfacer su odio. El Anticristo será su más elevada personificación en el género humano. V. Juan VII, 44.

IX.

Por eso Dios les enviará el artificio del error, con que crean á la mentira. v. 10.

Por el odio, el desprecio, ó la indiferencia para con la verdad, habrán merecido que Dios les entregue á un doctor de su elección. Podrán todavía resistir y salvarse; pero, privados, por su culpa, de muchas gracias de elección, y obstinados en el mal, preferirán dejarse seducir. V. Mat. XIII, 3-15; Marc. IV, 12; y Juan XII, 40.

¡Justo castigo! Consideraban como una humillación el someter una inteligencia á la verdad eterna; Dios permite que venga un grande autor de mentira, en quien se ha como encarnado el padre de todos los mentirosos, y héos postros á sus piés, creyendo en él, engañados voluntarios de las más groseras imposturas.

X.

El que está firme ahora, manténgase. v. 7. Sin empeñarnos en un exámen profundo de estas palabras, diremos con san Agustín: El que crea, manténgase en la sana doctrina; el que esté unido á Jesucristo, permanezca firme é inquebrantable.

XI.

Hasta que sea quitado el impedimento. v. 7. Hasta que saliendo el misterio de iniquidad de donde se mantenía oculto, obre

á la luz del día y reine desonrosadamente la apostasía.

El misterio de iniquidad se habrá valido de todos los disfraces, y habrá agotado todas las fórmulas hipocritas cuando, siendo ya bastante poderoso, se manifestará tal como es. Entonces quedarán al descubierto los corazones, y se verán en claro los pensamientos; entonces habrá division y separación; los buenos, por tanto tiempo engañados, no vacilarán ya en separarse de los malos. Las dos ciudades, las dos sociedades, la de los hijos de Dios y la de los hijos del diablo, mezcladas y confundidas hasta entonces, se desprenderán cada una del elemento extraño que el diario contacto le había hecho adquirir, y cada una tendrá visible en la frente la señal de su jefe, Jesucristo, ó Satanás.

Al recomendar san Pablo á los verdaderos cristianos que permanezcan alerta y firmes, sobre todo, hasta que se verifique esa estrepitosa manifestación, parece que teme más para ellos el habitual comercio con los enemigos de su fe, que la declarada persecucion del Anticristo en persona.

Algunos toman las palabras del texto *de medio fiat*, en el sentido de *desaparecer*, y las aplican, unos, al obstáculo que detiene al Anticristo; otros, al mismo Anticristo. Ninguna intencion tenemos en discutirlo: bastanos que nuestra version presente un perfectísimo sentido, y que esté suficientemente apoyada por autores respetables.

XII.

Ya sabéis vosotros la causa que ahora le detiene, v. 6. San Pablo había dado sobre el particular instrucciones verbales á los Tesalonicenses, que no han llegado hasta nosotros: de donde resulta, que varias expresiones, muy claras para ellos, son para nosotros de difícil inteligencia.

XIII.

Hasta que sea manifestado en su tiempo, v. 6. Algunos intérpretes discurren de este modo: Lo que impide que venga el Anticristo, debe ser lo contrario de lo que lo llama. Luego, la causa de su venida es la apostasía, tal como la hemos explicado. Por consiguiente, el obstáculo debe ser la firmeza en un lazo comun de fe, de espe-

ranza, de caridad, de obediencia á la Iglesia, y de fidelidad á las obras cristianas. Mientras escribía san Pablo, todas las cosas se constituían de un modo bastante confuso y azas sólido, para que se viera en ellas la decadencia del poder del demonio, y no debiera temerse la próxima llegada del fin de los tiempos: por esto termina el Apóstol con una apremiante recomendacion de estas mismas cosas. Si se ve, pues, á los pueblos atentos y dóciles á la voz del Pontífice Romano, inquebrantables en la profesion de las sanas doctrinas, obedientes á los preceptos del Evangelio; no está cercano el Anticristo. Cuando, empero, se vea lo contrario en grande escala: vivan alerta los fieles, redoblen la vigilancia, las oraciones, el valor y las buenas obras: quizás se prepare la última crisis del mundo.

XIV.

¿Cuándo se verificará, pues, la consumacion del misterio de iniquidad?

Ya en tiempo de san Pablo iba obrando. Y ha continuado y continúa en y por muchos hombres y cosas, que son la preparacion permanente de su cumplimiento final: reconocese en ellos unos precursores del Anticristo y unos principios de su reinado. ¿Cuándo, empero, podrá decirse, segun un conjunto de hechos generales y manifiestos: Las naciones desean aislarse de la Iglesia, cuyos consejos desdennan, y cuya autoridad desprecian, no acordándose de su madre y maestra sino para humillarla, despojarla y avasallarla; sus leyes sustraídas á su influencia y en oposicion á las suyas, rechazan cuidadosamente lo que podria dejarles un sello católico ó simplemente cristiano; ¿no será necesario que vivan muy sobre sí los escogidos?

¿Cuándo pueda decirse: Los agravios contra la suprema Majestad, el envenenamiento público de las almas, la propagacion de las doctrinas subversivas, las usurpaciones del error, las invasiones de la impiedad no conmueven ya al legislador y no sublevan ya la indignacion de los pueblos; ¿no será necesario que vivan muy sobre sí los escogidos?

¿Cuándo pueda decirse: Los jefes olvidan el verdadero principio de la autoridad, y los subordinados se han hecho ingobernables; ¿no será necesario que vivan muy sobre sí los escogidos?

¿Cuándo pueda decirse: Las individualidades en masa, formadas en ese centro y que viven en él, ya no tienen ni la vida, ni el sentido cristianos, y se glorian de ello como de una conquista; entre estas individualidades, se refleja ya la cara del hombre del pecado en muchos rostros, y sus facciones no inspiran ya horror, ni á los que las tienen, ni á los que las ven; ¿no será necesario que vivan muy sobre sí los escogidos?

¿No se podrá gritar entonces: ¡Apostasía! ¡apostasía! ¡apostasía! y preguntarse temblando: ¿No ha llegado ya la apostasía á su último limite? ¿y qué les falta á todos estos elementos sino una mano poderosa, que se apodere de ellos y los reuna, para convertirlos en instrumento de una espantosa perdicion, el último cumplimiento del misterio de iniquidad? Si viniera entonces el Anticristo, ¿no encontraría una sociedad hecha á su imagen, súbditos formados para sus leyes, y numerosos ministros dispuestos á ejecutarlas?

Es verdad que se salvarán las naciones paganas; pero el divino Redentor no prometió que vendría á salvar tambien el mundo vuelto á la infidelidad; anunció, al contrario, que descendería de los cielos para juzgarle y perderle.

XV.

¿A qué periodo del misterio de iniquidad hemos llegado?

De ninguna manera pretendemos determinarlo. Damos aquí sencillamente un conjunto de considerandos, que ayuden quizas á los que quieran hacer un estudio más profundo de esta grave materia. No es nuestro trabajo, ni una tesis, ni una disertacion en forma, ni una manera de excluir ninguna opinion de los comentaristas católicos, antiguos ó modernos. Tampoco es una tentativa á favor de tal ó cual opinion de los intérpretes autorizados. No podemos discutir, ni siquiera referir sus diversas opiniones, porque no lo permiten los limites de una simple nota: antes bien las respetamos todas, y cotejándolas entre sí, y con las tendencias actuales del mundo hemos creído útil presentar las observaciones, que se acaban de leer, y á las que daremos aún mayor desarrollo en la Nota preliminar á Apocalypsis.

XVI.

Digamos tambien, que continúa la lucha entre el bien y el mal; que el enemigo no es dueño todavía de todas las posiciones; que Dios puede despertar la fe, y reanimar el celo de sus servidores; que quizás tiene de reserva algunos hombres poderosos en palabras y hechos para ilustrar y convertir á los pecadores; que todavía no voya ha puesto en el caso de asegurar, que nos va á dar la hora de las supremas venganzas.

XVII.

No obstante, pues, la gravedad de los síntomas que presenta el mundo, tal como lo han puesto tantas causas desdichadas, todavía es sanable el mundo. Pero, si sana, será solamente por una franca y filial conversion á Nuestro Señor Jesucristo y á su Iglesia.

EPÍSTOLA PRIMERA A TIMOTEO.

Nota preliminar.

Habiendo san Pablo dejado á Timoteo, su discípulo, obispo en Efeso, le escribe para instruirle, y á todos los pastores en su persona, de las obligaciones del santo ministerio, ya relativamente á los que lo ejercen, ya á los que son su objeto. Regula la conducta que debe observar el obispo con respecto á los extraños, y á sus ovejas, respecto del clero, y del pueblo, cuyos deberes señala segun las diferentes condiciones. Prescribela doctrina y la moral que debe predicar, la forma que debe guardar en sus juicios, y en la ordenacion, la conservacion del depósito de la fe, y los ejercicios que debe practicar en particular.

A riesgo de ser enojosos, señalamos una vez más el proceder de que se valen comunmente nuestros herejes, leyendo la Sagrada Escritura. No satisfichos con desfigurar y corromper lo que dice, interpretan el silencio de tal ó cual pasaje, para negar tales ó cuales verdades que les disgustan. Así, pues, porque San Pablo, al dar algu-

nas instrucciones á su discípulo, no toca ni desarrolla todos los deberes y todas las funciones del sacerdote y del obispo, infieren, que su silencio sobre ciertos puntos, prueba que éstos son una invención humana. Ese género de argumentar, en que lo falso rivaliza con lo ridículo, es una de tantas pobres impertinencias á las que regularmente dá la costumbre desprecio ó lástima. Sin embargo, para no dejar á los sectarios ni siquiera este recurso, nos hemos ocupado ya vez de él varias veces, y nos ocuparemos otra vez en lo mismo al terminar las cartas de san Pedro. Véase también la Nota preliminar á la Epístola á Tito.

EPÍSTOLA SEGUNDA A TIMOTEO.

Nota preliminar.

Esta segunda Carta desarrolla y completa varias de las instrucciones contenidas en la primera. En ella se ve otra vez, cuanto deseaba san Pablo, que Timoteo fuera un digno obispo por la santidad de la vida, por la solidez de la doctrina, por el celo, la abnegacion y el valor apostólicos. Su solicitud por la integridad de la fe le lleva á tratar otra vez de los falsarios, quienes, corrompéndola, causaban estragos en la Iglesia y perdian las almas. Les caracteriza, y anatematiza sus obras, no cesando de excitar la vigilancia y el ardor de los obreros fieles. Sus exhortaciones muestran bastante el nuevo plan de Satanás, quien, viendo hundirse su imperio, como idolatría material, trabajaba en darle otras formas cubiertas con un barniz de cristianismo. Aquello era el comienzo de la gran calamidad de las herejías; todas las que, sea cual fuere su nombre, se apoderan del Evangelio para formar con él un escudo, que ampare al Príncipe de la mentira. En el contexto de la epístola, dá el Apóstol pormenores llenos de interés, acerca de diferentes hombres y distintas cosas del tiempo: varias veces invita también á su discípulo amado para que vaya á verle en su cárcel de Roma.

Véase la Nota preliminar á la epístola primera.

EPÍSTOLA A TITO.

Nota preliminar.

Esta epístola es como un compendio de las escritas á Timoteo. Habiendo san Pablo instituido á Tito, obispo de la isla de Creta, hoy Candia, para gobernar y acabar de formar aquella Iglesia, le recuerda varias de las obligaciones que le impone su cargo. Trata, pues, de la eleccion de los ministros sagrados; y, diciendo á Tito lo que él mismo debe hacer, dice suficientemente lo que deben practicar los que toman parte tambien en el santo ministerio. Expone luego brevemente los consejos, que deben darse á diferentes clases de personas, y termina por unas consideraciones generales, que se aplican á todas las condiciones del cristianismo. Ciertos herejes se prevalen de la brevedad de la Carta á Tito, para pretender, que el sagrado ministerio se limita á algunos puntos indicados por el Apóstol. Muy falto de razones y muy osado se debe ser, cuando no se suben los colores al rostro, arrojando á la faz del público semejantes enormidades. Efectivamente, san Pablo, que ya habia instruido de viva voz á su discípulo, le llama tambien á su lado en esta epístola; y, al escribirle, no intentó dar un curso completo de teología dogmática, moral ni litúrgica. Fuera de esto, hemos hecho observar suficientemente, en varias notas, que el depósito de la doctrina no está por completo en la Sagrada Escritura, porque una parte considerable de ella está comprendida en las tradiciones divinas; de modo, que ya no tendria fe quien las negare.

Véase la Nota preliminar á la primera epístola á Timoteo, y las observaciones que terminan las Epístolas de san Pedro.

EPÍSTOLA A LOS HEBREOS.

Nota preliminar.

I.

Varios de los Hebreos convertidos continuaban afectos al antiguo culto, de una

manera que podia llegar á ser un compromiso para salvarse; parecia que no habian aun comprendido lo bastante, cuán insuficientes eran sus sacrificios, ni todo lo que debemos al divino Redentor. Sin embargo, muchos de ellos habian dado brillantes testimonios de la fe en las persecuciones, y merecian, que se les suavizaran sus trabajos, y que se robusteciera su paciencia con paternales estímulos.

II.

Por esto, se propone san Pablo, al escribirles, hacerles conocer mejor á Jesucristo, su persona, su sacerdocio y su sacrificio; para que lleguen más fácilmente á comprender, que la sangre de sus victimas no pudo dar jamás la justicia, y que todo el esplendor de su culto era solo una sombra de lo que ahora poseen. Quiere al mismo tiempo consolarles en las tribulaciones, que sufren por el Evangelio, y fortalecerles por los hermosos ejemplos de fe, que dejaron sus antecesores.

III.

Pasando, pues, revista á todo cuanto ofrecia de grande la antigua alianza, manifiesta, que todo aquello no puede compararse con las admirables prerogativas de la alianza nueva, y hace, sobre todo, resaltar, en un pasaje magnífico, las supereminentes grandezas del divino Redentor.

IV.

En una série de comparaciones y de contrastes sorprendentes se vé, como en unos cuadros vivos y animados, á Jesucristo, por encima de los Angeles, á quienes manda el Padre que adoren á su Hijo; por encima de los Patriarcas; herederos de una cierta porcion de tierra, mientras que Jesucristo es el Criador del mundo y el Heredero de todos los bienes del Padre: por encima de los Profetas, que solo fueron los ecos de su voz divina: por encima de Moisés, doméstico y administrador en la casa, de la cual es J. C. el Arquitecto y Dueño: por encima de Aaron, ministro de sacrificios toscos é impuros, que solo eran la figura del verdadero sacrificio ofrecido por el Sacerdote eterno: por encima de ese Sacerdote mis-

terioso y extraordinario, que aparece superior á Abraham y á Levi, Melquisedech, cuya verdadera gloria consiste en haber bosquejado, mejor que los demás, los rasgos del Pontífice supremo.

V.

Insiste en esa cualidad de Pontífice, en la que se resúmen el misterio de la Redencion, y las más elevadas como las más conmovedoras prerogativas del Hombre-Dios. Y estas prerogativas se le prestan admirablemente, para tratar en extenso de los sacrificios antiguos y del sacrificio nuevo; para hacer palpar esa importante verdad, á saber: que aquellos eran solamente unos símbolos que preparaban éste, el solo en que se encuentran la realidad, la vida y la salvacion. Infiere de todo esto, cuán grandes deben ser el respeto, la gratitud, la obediencia, la fidelidad hácia un tal Pontífice, y cuán horribles serán los castigos de quien le haya mirado con desprecio ó abandonado.

VI.

Pasando á las exhortaciones, les dá diversas razones para estimularlos; pero, desenvuelve, sobre todo, á su vista el magnífico cuadro de la fe que vive, habla, obra, padece en los Santos, desde el principio del mundo, hasta su época; cuidando mucho de mostrar á su frente á Jesucristo, su jefe y su modelo, el autor y consumador de la fe. Sigue luego la recomendacion de varias virtudes en particular, especialmente la caridad mútua, la pureza de costumbres, el desinterés, la firmeza en la fe, la obediencia á los pastores, y el valor de seguir á todas partes á Jesucristo, á pesar de las tribulaciones y de los oprobios.

VII.

Para comprender exactamente esta epístola, es necesario saber cuales eran la disposicion del templo, la forma de los sacrificios, la naturaleza de las abluciones, los usos practicados por los Judíos, ya en las ceremonias públicas, ya en sus costumbres de vida religiosa. Se necesita tambien saber la historia de ese pueblo y de sus principales personajes, de quienes se trata á cada paso.

VIII.

Muchas cosas que están solamente indicadas, y que pueden parecerse oscuras, comprendianlas perfectamente desde luego los Judíos á quienes iban dirigidas, especialmente la aplicación de los pasajes de la Sagrada Escritura. Algunas oscuridades, que nos hacen quedar parados á primera vista, desaparecen cuando se procura hacer ese estudio preparatorio de que acabamos de hablar. Lo mismo sucede respecto de varias dificultades relativas á la doctrina, para cuya solución basta á menudo el estar muy familiarizado con la enseñanza de la Iglesia.

EPISTOLA DE SANTIAGO.

Nota preliminar.

Contiene esta epístola un riquísimo y muy variado fondo de consideraciones y de sentencias propias para instruir, corregir, animar y sostener. No debe buscarse en ella un discurso continuado, cuyas partes se encadenen todas unas con otras; porque son más bien máximas sueltas, al estilo de los Orientales.

Puede, sin embargo, decirse, que toda la doctrina de Santiago acerca de evitar los vicios, huyendo de ellos, la práctica de las virtudes, y la necesidad de las obras, es la refutación de un error monstruoso, que entonces causaba víctimas, y que fué renovado por Lutero y Calvino. Efectivamente, abusando Simon el Mago de varios pasajes en que san Pablo ensalza el mérito y la virtud de la fe, intentaba dar rienda suelta á todas las infamias y pecados, só pretexto de que la fe lo repara y justifica todo. Así, pues, se encuentran en la epístola de Santiago muchos pasajes encaminados á reprimir semejante audacia, y que restituyen su verdadero sentido á las palabras de san Pablo, desfiguradas por la herejía.

La epístola va dirigida á las doce tribus dispersas; lo que muchos intérpretes entienden de los Judíos dispersos en las diferentes

partes del mundo; porque no todos habitaban en Judea, sino que, sea cual fuere la causa, los había que residían en todas partes. Otros, sin embargo, dicen, que estas palabras tienen un sentido más lato, y designan la generalidad de los cristianos dispersos en el universo, y citan varios pasajes del Nuevo Testamento en los que estas expresiones, *doce tribus*, se aplican á la totalidad de los fieles, sin distinción de raza. Nada obsta el que se siga esta opinión, puesto que las instrucciones del autor de la epístola atañen á los cristianos de todas las naciones, de todos los países, y de todos los tiempos. Véase la primera epístola de san Pedro, I, 4.

EPISTOLAS DE SAN PEDRO.

Nota preliminar.

Opinan muchos comentadores, que estas dos epístolas las dirigió especialmente san Pedro á los Judíos convertidos; pero todos convienen en decir, que se destinan también á los fieles procedentes de la gentilidad. Su doctrina tiene un carácter tan señalado de universalidad, que comprende á todos los cristianos, sin distinción de origen. Al propio tiempo que exhorta enérgicamente á la firmeza en la fe, trata san Pedro diferentes puntos de doctrina, con la autoridad que conviene al Príncipe de los Apóstoles.

Fija especialmente su atención en los errores contra los que era necesario precaver á los fieles, á causa de los numerosos novadores muy hábiles en difundir el veneno de su funesta doctrina. El retrato, que hace de dichos hombres, inspira una saludable horror, llevando á que espantosos excesos puede llevarnos la pérdida de la verdad.

No se concreta san Pedro á la defensa del dogma, sino que da también, con grandes consuelos en las tribulaciones, máximas admirables de vida cristiana para los diferentes estados. Lo que dice de san Pablo, nos revela también la unidad de doctrina y de ideas entre esos dos grandes hombres.

Pueden verse las observaciones que dejamos hechas en la Nota preliminar á la

epístola de Santiago, con motivo de la fe y de las obras. Algunos herejes abusaban de un modo raro de varios pasajes de san Pablo, para propagar monstruosos errores en estas materias. También les confunde y condena san Pedro, de una manera propia, para hacer más difíciles sus falsas interpretaciones.

EPISTOLA SEGUNDA DE S. PEDRO.

CAPÍTULO I.

VERSÍCULO 49. «Tenemos el testimonio más firme, que es el de los Profetas: al cual hacéis bien en mirar atentamente, como á una antorcha que luce en un lugar oscuro, hasta tanto que aparezca el día, y la estrella de la mañana nazca en vuestros corazonces.»

Las Escrituras del Antiguo Testamento eran una lámpara encendida por la bondad divina, para dirigir los pasos del viajero á través de las tinieblas de aquellos tiempos, y guiarlo á Jesucristo, que es el día y la verdadera luz: él es el mismo sol que se manifestará á nuestra vista, en todo su esplendor, cuando llegue para nosotros la visión beatífica. Esa lámpara es luz, comparada con la noche de la razón humana; y es oscuridad, comparada con la luz del Evangelio; así como el mismo Evangelio no es también sino una claridad (un día) imperfecta, si lo comparamos con los esplendores de la eternidad.

VER. 20. «Bien entendido ante todas cosas, que ninguna profecía de la Escritura se declara por interpretación privada.»

No es una invención humana; no es el fruto, ni de la reflexión, ni del genio, ni de la perspicacia de quien la dió. Los libros del Profeta son los intérpretes del Espíritu Santo, que los inspiró, y no del

hombre, que los escribió bajo su dictado. Algunos traducen: *no se explica por interpretación particular*. La profecía carece de autoridad, si solo está explicada por la opinión de los particulares: es una lámpara que no difunde su luz, porque está oculta debajo del celumín.

VER. 21. «Porque no traen su origen las profecías de la voluntad de los hombres: sino que los varones santos de Dios hablaron, siendo inspirados del Espíritu Santo.»

Nombrando San Pedro la profecía, nombra toda la Escritura, ya porque los libros de los Profetas eran los más importantes entre los Judíos, ya porque todo el Antiguo Testamento era una profecía del Nuevo, ya porque todas las partes de la Sagrada Escritura son una manifestación de los secretos de Dios.

Lo que dice de la interpretación de los profetas, se aplica á todas las partes de la Escritura: ni una hay, que sea la obra del hombre; ninguna, que pueda interpretarla el sentido privado del hombre. Solo aquél que dictó las palabras sagradas, es decir, el Espíritu Santo, puede dar su inteligencia cierta é infalible. Y este Espíritu prometió alumbrar y asistir á su Iglesia, á fin de que dijera siempre el verdadero sentido de los divinos oráculos, y estableció en ella unos intérpretes auténticamente acreditados; pero no hizo la misma promesa á los demás, aún cuando fueran unos genios.

CAPÍTULO II.

VERSÍCULO 43. «Ponen su felicidad en pasar cada día entre placeres: siendo la misma horruza y suciedad, regolandose deleites, mostrando su disolución en los convites que celebran con vosotros.»

¿Quiénes eran los imprudentes que temían tan poco el contacto de semejantes hombres, y á quienes se ve obligado san Pedro á avisar? Serían, sin duda, algunos cristianos moderados, deseosos de conci-

liar á Jesucristo con Belial, la luz con las tinieblas, la virtud con el vicio, la justicia con la iniquidad, la santidad con la corrupción. ¡Insensata tentativa, llena de peligros! y, sin embargo, mil veces renovada, desde algunos siglos, bajo todos los nombres y todas las formas. ¡Quimérica esperanza! con la que hemos llegado á una horrible confusión, provechosa solo para el enemigo, porque él recibe siempre y jamás hace concesiones serias; mientras que, en medio de esa Babel de lenguas y de prácticas, de doctrinas y de obras, se ven muchas personas asaltadas de dudas y de vértigos, que les presentan el vicio ménos odioso, y la verdad ménos cierta. Ni siquiera sorprendería que, entre ciertas personas, que se creen todavía cristianas, se acusara á San Pedro de intolerancia para con un espíritu, que hoy se llama *el espíritu moderno*, sin cuando no sea sino *el espíritu antiquísimo* del paganismo, arrejado á la moda y al gusto de la época actual. Cualquiera, empero, que ame al cristianismo, que salva á las naciones, como á los individuos, se limitará á la conclusión de esta epístola, y que no cesa de repetir hoy el Sucesor de Pedro.

VER. 18. «Profiriendo discursos pomposos, llenos de vanidad, atraen con el cebo de apetitos carnales de lujuria á los que poco ántes habían buido de los que profesan el error.»

Luego, pues, no basta el separarse un poco; es preciso romper más completamente, y huir más lejos, sin dejar ni restos de lazos, ni esperanzas de volver.

VER. 22. «Cumpliéndose en ellos lo que suele significarse por aquel refrán verdadero: Volviósse el perro á lo que vomitó; y, La marrana lavada á revolcarse en el cieno.»

Al terminar este capítulo, preguntáse uno naturalmente: ¿á qué religion pertenecian los que San Pedro acaba de pintar bajo unos rasgos tan espantosos? Esos hombres eran cristianos por el bautismo y por

algunas prácticas exteriores. Pareciéndoles, empero, harlo difíciles de soportar una autoridad, que condena todos los errores, y una santidad, que reprueba toda corrupción; habían sacudido ese doble yugo, para vivir más cómodamente bajo una religion fabricada por ellos. Sacando, pues, otra vez, algo de las doctrinas y de las torpezas paganas, que acababan de abandonar, habían combinado esa antigua corrupción con el Evangelio, de una manera propia para hacer, de esa monstruosa mezcla, un cristianismo para su uso. Había entre ellos personas de buen tono, de maneras seductoras, que usaban trajes costosos, tenían habitaciones espléndidas, mucho boato, elocuencia práctica, un raro disimulo y mucha habilidad para tomar honradamente el bien ajeno; cosas todas que no les privaban de merecer, y basta por doble concepto, las calificaciones que les dá el príncipe de los Apóstoles.

Cerca de quince siglos despues, en la misma época que se llamaba la admiracion sobre muchas cosas del antiguo paganismo, que el buen sentido cristiano habia separado como malas ó peligrosas, alzose una herejía, que tiene muchísimas afinidades con las herejías contra las cuales previene san Pedro á los fieles: supo aprovecharse de una manía, que le ayudaba á resucitar los principios y las costumbres condenados aqui. No obstante, no atreviéndose á presentarse con los nombres, las fórmulas y todas las prácticas de sectarios completamente desacreditados, despues de tantos siglos, si bien sacándolo de unas mismas fuentes, hizo una manipulacion algo diferente, por causa de la diferencia de los tiempos y de las circunstancias. Pero es, en resumen, la misma mezcla sacrilega, en la que sobrenadan ciertas apariencias cristianas. Sus bases esenciales son siempre la negacion de la autoridad, sin la que no hay verdadero cristianismo; y la deflacion de la razon individual, que, llega de este modo, á ser muy libre de practicar un paganismo apropiado á su devocion.

¡Ved aqui, sin embargo, lo que se llama la audacia de llamar *la religion reformada* Sí; reformada á la imagen de las abominables sectas, cuyo cuadro acaba de pintarlos san Pedro. Porque, como si hubiesen tenido comenzo de hacer más indisputable su genealogía, no dejaron de reproducir, á

lo ménos en parte, los principales jefes y los primeros discípulos de esa *reforma*, las obscenidades denunciadas por el apóstol a la indignacion de las almas honradas. Sin excoedentes de sus propias confesiones, es inconcebible todo lo que se vió germinar, pulular, y desbordarse en materia de errores, vicios, desórdenes y crímenes, cuando comenzaron los pueblos á beber el brebaje propinado por Satanás. Cuando Lutero afirma, que el diablo trabajaba con él, puede creérsele sin dificultad: por la muestra se conoce el paño.

CAPÍTULO III.

VERSÍCULO 3. «Vendrán en los últimos tiempos impostores artificiosos, arrastrados de sus propias pasiones.»

Trátase aqui de los últimos dias de Jerusalen, y de los últimos dias del mundo. La primera parte de la profecía se verificó en su tiempo: el cumplimiento de la segunda es igualmente cierto. Literalmente: *impostores artificiosos*; personas que atacan la verdad, zumbándose de ella.

VER. 6. «El mundo de entónces pereció anegado en las aguas.»

En la época del diluvio. Algunos impios del tiempo de san Pedro, regaban la posibilidad de la catástrofe final del mundo por el fuego: el apóstol los remite sencillamente al diluvio, en el que las aguas, aunque muy favorables á nuestro globo, y muy necesarias para su conservacion, necesitaron solamente una señal para arrojarse sobre él, y trastornarlo enteramente. El mismo Dueño tiene en todas partes focos de reserva, de los que hará salir el fuego vengador en el momento por él escogido.

VER. 7. «Así los cielos, que ahora existen, y la tierra, se guardan por la misma palabra para ser abrasadas por el fuego en el día del juicio, y del exterminio de los hombres malvados.»

¿Necesitará Dios para esto crear un fuego nuevo? De ninguna manera. El fuego existe, y la mano que lo sacó de la nada lo depositó en todas partes: bastará una orden del Dueño, para que al momento brote de todas partes, y realice fielmente su obra.

VER. 13. «Bien que esperamos, conforme á sus promesas, nuevos cielos y nueva tierra, donde habitará la justicia.»

Ninguna expresion emplea san Pedro, que anuncie el aniquilamiento del mundo; al contrario, todas indican una purificacion y un cambio para un estado mejor. Esta transformacion hará más que devolver al universo su belleza primitiva, reparando las graves alteraciones que habia sufrido por consecuencia del pecado: sin embargo, era ya magnífico, tal como lo habia hecho Dios, desde un principio, para el hombre inocente, aunque simplemente viajero tambien en él. Pero le dará una perfeccion extraordinaria, relacionada con el estado del hombre, llegado al término de su carrera, y glorificado.

Esos nuevos cielos, esa nueva tierra, ese universo renovado, perfeccionado, y en lo sucesivo inalterable, esa porcion del dominio real de los santos; pasarán en gran manera; y de ellos, ninguna imaginacion podria formarse una idea exacta. Así es, que el mundo material, puesto al servicio del hombre, ya inocente, ya pecador, y del que abusó el hombre de un modo raro, mirará entre espantosas convulsiones; pero, efectuada ya la disolucion, resucitará enteramente resplandeciente de juventud y de magnificencia para no morir más: todo estará en él con armonia con la perfeccion y la gloria de sus bienaventurados habitantes. Véase, Rom. VIII, 22.

VER. 18. «Id creyendo en la gracia, y en el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo. A él sea dada la gloria desde ahora, y por el dia de la eternidad. Amen.»

Ved aqui, poco más ó ménos, como resumen nuestros herejes las dos epístolas de san Pedro, y las conclusiones que sacan de

ellas: Nada dice Pedro en sus epístolas de tales ó cuales dogmas, de tales ó cuales deberes ó prácticas: luego, no hay ninguna obligación de sujetarse á ellos. Pero el Papa habla de ellos como de cosas que obligan la conciencia; luego, el Papa enseña el error, y no es el sucesor de Pedro.

No es concluyente, que digamos, este argumento, al que están muy encarrinados, y se necesitaría algo más que un inmenso deseo de ser engañado, para descubrir en él una sombra siquiera de buen sentido.

Juzgan siempre, en definitiva, que el silencio es una negación, y que, realmente, un escritor niega todas las cosas que no cuida de afirmar, sea cual fuere su objeto, ó el tiempo de que pueda disponer. Lo que se aplicaría también al orador, y á la simple conversación. Así, pues, si ellos hubiesen estado al lado de san Pedro, cuando él escribiera sus epístolas, le hubieran dicho: Cuidado con que dejes escapar de vuestra pluma ni siquiera una línea, sin aplicarle un suplemento, que contenga toda la doctrina y toda la moral cristianas. Porque, de lo contrario, os lo declaramos ahora, servirá de prueba vuestro silencio: Nadie tiene derecho ni de afirmar ni de prescribir todo lo que no hayáis expuesto con todo su desarrollo y todos sus accesorios.

Bajo este supuesto, difícil sería decir cuantos tomos en folio mayor debiera san Pedro haber agregado desde luego á sus dos epístolas. Pero, como cada frase de los suplementos estaría naturalmente sujeta á la misma ley, exjiría una segunda colección de suplementos, ésta una tercera, y así sucesivamente, hasta el infinito. Mientras tanto, se queda perfectamente libre de no creer nada, ni de practicar cosa alguna; porque, ¿quién es el hombre tan falto de medios, que no tenga siempre un *Por qué* á su disposición? De este modo, acumulando los *ergos* de esta clase contra la enseñanza de la Iglesia y contra el Papa, no hacen sino extraer lo falso de lo absurdo.

Además del desso habitual y dominante en ellos, de quedar dueños absolutos de sus obras, no sería quizás difícil hallar el motivo particular por el que se enfurecen para resumir, en algunas negaciones, los frutos que deben recogerse de las epístolas de san Pedro. ¿No es quizás el temor de que no se llame la atención acerca de unos cuantos

versículos, que podrían incomodarles algo, y humillarles? Estos pasajes, sin embargo, les serían de grandísima utilidad, si consintieran en leerlos segun el mismo espíritu que los dictó. Estudien el retrato que hace san Pedro de los herejes de su tiempo. Lean, por otra parte, con mucha atención, las vidas no desfiguradas de sus propios padres, Lutero, Calvino, Zuínglio, Enrique VIII, etc. etc. Si hacen este trabajo de buena fe, sin prevención, y con el deseo de saber la verdad, exclamarán muy pronto: Aquí tenemos, en estas epístolas, los principales rasgos de nuestros propios padres: bastante notable es la semejanza, para que así éstos, como aquéllos vayan comprendidos en el anatema de san Pedro. Y consentimos todavía en contar á Pedro entre los apóstoles de Jesucristo. Luego, tanto nosotros, como los nuestros estamos bajo el peso de una terrible condenación. De esta manera, después de haber removido, con una saludable confusión, el fango de su origen, comprenderán, que no ha confiado Dios el encargo de santificar el mundo á una cuadrilla de renegados embusteros, malvados, libertinos y obscenos.

En cuanto al nombre de *reformados*, lo repudiarán como un oprobio los hijos de tales hombres y de tales obras. Habrán comprendido ellos, que hay reforma y reforma, reformador y reformador, y que no siempre expresan estas palabras algo muy glorioso, que digamos. Efectivamente, Satanás fué el primer reformador del mundo, pero reformó el género humano á su imagen. Los hombres de quienes habla san Pedro, en el capítulo II de la segunda epístola, eran los reformadores de la época. Todos los grandes malvados han intentado reformar, quien la verdad, quien la justicia, quien el buen orden, quien la santidad, quien la pureza de las costumbres, quien un dogma, quien un mandamiento de Dios ó de la Iglesia. ¡Ay de la sociedad en la que ellos llegan á ganar su título de reformadores, y en la que pueden ostentar impunemente su Privilegio!

EPÍSTOLAS DE SAN JUAN.

Nota preliminar.

Muéstrase san Juan en todas partes, así en sus epístolas, como en su Evangelio, el teólogo de la divinidad de Jesucristo, y el predicador de la caridad. El corazón del Maestro rebosa constantemente por el corazón del discípulo muy amado, y fácilmente se reconoce el origen de consideraciones tan elevadas y de sentimientos tan nobles.

Penetrado de dolor á la vista de los errores, que impugnaban la misma persona de Jesucristo, ó que desnaturalizaban su obra, lleno de celo por la pureza de la fe y por la salvación de los fieles, ataca las falsas doctrinas, y previene á los discípulos contra los peligros de la seducción. En todas partes se ve cuan vivamente desea el hacer conocer al Salvador; pero se observa al mismo tiempo, que el gran precepto del sagrado amor se le sale una y otra vez, constantemente, de su pluma inspirada.

Esto, empero, no le impide el recomendar enérgicamente, y en todas ocasiones, que se evite la compañía de los herejes y de todos los enemigos de Nuestro Señor. Su caridad no era ni la molicie, ni la indiferencia, ni la timidez, ni el respeto humano, ni la falsa política, ni la ilusión de una esperanza desprovista de prudencia; cosas todas estas que impulsan á la transacción con el mal, y que comprometen los intereses de Dios, la pureza de la doctrina, así como la salvación de las almas. Como no había adquirido sus principios de amor fraternal en un manantial humano, sabía que el sacrificar la verdad ó la virtud, no fuera nunca una prueba de cariño para con el prójimo.

Formaría un bello y utilísimo tratado quien coleccionase de san Juan, y de otros lugares de la Sagrada Escritura, en que están empleadas, las palabras *luz*, *tinieblas*, desvolviéndolas segun la significación que les da el Espíritu Santo. En él se vería con que perseverancia se dedica el antiguo *Lucifer*, ó *Porta-luz*, convertido en *Príncipe de las tinieblas*, desde el principio del mundo, á desnaturalizar el sentido de estas palabras, porque ha persuadido á sus partidarios y á sus engañados, que llamen á ciertos

siglos, siglos de luz; á otros, siglos de tinieblas; y como hace admitir por luz la fascinación de la fruslería y la corrupción sabia, oscurecimiento de lo bueno y ofuscamiento de los corazones. Para juzgar bien lo que es luz ó tinieblas, miremos á Nuestro Señor, consultemos su Espíritu y escuchemos la Iglesia. Véase, Act. II, 8.

EPÍSTOLA DE SAN JUDAS.

Nota preliminar.

El objeto de esta epístola es denunciar á los fieles ciertos herejes abominables, que deshonraban la Iglesia naciente. El retrato que de ellos hace san Judas, muestra la profundidad de corrupción á que puede descender el que se aparta de la verdad. Termina por una exhortación á la firmeza en la fe, á la práctica de las buenas obras, y á la pureza de las costumbres.

Para tener una inteligencia más completa de la epístola de san Judas, será bueno coleccionarla con la segunda de san Pedro, cuyo compendio viene á ser. Y este estudio simultáneo da un gran peso á una consideración, que es preciso no olvidar jamás. La Iglesia católica, que es esencialmente verdad y santidad, ha estado sujeta desde su cuna á las embestidas del error y de la corrupción. Apenas habia nacido, cuando Satanás trataba ya muy activamente para quitarle lo que es su vida y su gloria. Hé aqui, porque desde entonces hacia pulular unas herejías, más peligrosas que el mismo pagamismo, del que eran, una transformación apropiada á sus pérdidas designios.

Cayeron en el descrédito esos primeros enemigos interiores de la fe y de la pureza de la Iglesia; pero, Satanás conservó cuidadosamente la levadura, para hacerla fermentar otra vez bajo otra forma cualquiera. Por esto, los Apóstoles, al proveer á las necesidades del momento, no dejaron de señalar unos peligros semejantes, reservados para los pésimos dias que precederán al fin del mundo. Igual aviso dan en sus escritos, san Pedro, san Pablo, san Juan, Santiago, san Judas; y si no nombran las

herejas intermediarias, débese á que son solamente una continuacion de las primeras, y una preparacion para la última.

Este conjunto de unidad de miras pone en evidencia la perpetuidad y virtud de la Iglesia católica; porque vivió, vive y vivirá luchando, hasta el día que su divino Jefe se la llevará triunfante; puesto que, desde el comienzo, la vemos predestinada á sufrir la oposicion de todos los enemigos de Nuestro Señor, y que solamente ella tiene el glorioso privilegio de ser constantemente el blanco de todos los secuaces del infierno.

APOCALYPSI.

Nota preliminar.

I.

Muchas personas no pueden, ni dedicarse á un estudio profundo del Apocalypsi, ni seguir á los intérpretes en las razonadas aplicaciones, que hicieron de esa profecía á los diferentes acontecimientos los más notables de la historia del Cristianismo. Importa, no obstante, que no hejen inútilmente ese Libro divino, y que saquen de su lectura algo más que la semi-satisfaccion de una vana curiosidad. Con el objeto de prestarles alguna utilidad, damos aquí algunas breves indicaciones, que podrá desarrollar cada cual por sí mismo, segun la medida de su tiempo y de sus facultades.

II.

El Apocalypsi es la revelacion de sucesos futuros, hecha á San Juan por Nuestro Señor: forma la historia profética de la Iglesia, desde su fundacion hasta el fin del mundo. Pues bien, la Iglesia es el cuerpo místico de Jesucristo, y de Jesucristo que continúa, en ella, y por ella la mision que recibió de su Padre, pero que no se limita á los treinta y tres años que pasó visible en la tierra. Ved aquí porque hay autores recomendables que opinan, que la vida de Nuestro Señor fué una profecía, y como un compendio de la vida de la Iglesia, y que las principales

fases de aquélla deben reproducirse en ésta. Colocándose en este punto de vista, que solo podemos indicar nosotros, se ve desarrollarse la historia del mundo con un interés doblemente sorprendente, y se queda uno ménos asombrado de las tribulaciones que sobrevienen á la Iglesia; porque no se olvida jamás, que este es su tiempo de prueba, y que despues de haber participado de los padecimientos de su divino Jefe, entrara con él en perfecta comunidad de gloria y de felicidad.

III.

Otro dato hay que arroja muchísima luz sobre la profecía de San Juan, y es la historia del mundo antiguo en el pueblo de Dios, y en las demás naciones, consideradas en sus relaciones con ese pueblo, y, por consiguiente, con el mundo moderno, creado por Nuestro Señor. Bajo la ley antigua, hubo hombres inspirados, que tuvieron la mision de anunciar al mundo la primera venida de Jesucristo, su nacimiento, su predicacion, sus padecimientos, su muerte y el establecimiento de su Iglesia: todas sus profecías converjen hácia ese fin único, acerca del cual convenia llamar la atencion del género humano. En los mismos momentos que predican los trastornos y la caída de los imperios, el poder y la ruina de algunas grandes ciudades, tienen siempre á la vista á Aquel para quien realiza la Providencia todas estas cosas. Así mismo suscitó Dios á San Juan, para anunciar al mundo los grandes sucesos que deben señalar el camino de la Iglesia entre los siglos. Se ve que el apóstol tiene siempre á la vista á Jesucristo; pero á Jesucristo en su última venida, que será el fin y la consumacion de todas las profecías. Allí habia la preparacion y la introduccion al mundo moderno, que nos dió el cristianismo: aquí hay la preparacion y la introduccion á la eternidad, último complemento de la obra del Redentor.

IV.

Los antiguos profetas nos asombran, por la seguridad con que fijan sus miradas en el porvenir, por la majestad de su lenguaje, por la variedad y la magnificencia de las imágenes que emplean para fijar la atencion

más distraida. San Juan resume en sí todos los demás profetas, cuya indole propia y carácter particular toma alternativamente, sin cesar jamás de ser él mismo. Recordando esas páginas, que se desarrollan á la vista como una serie de cuadros vivos, cuyo misterioso idioma sorprende con religioso respeto, hasta cuando solo se comprenden imperfectamente; se ve, que no es el pobre pescador de Galilea quien habla, sino el mismo Jesucristo, cuyo intérprete es solamente, como tiene cuidado de advertirnos desde un principio.

V.

Lo que acontecia en el mundo ántes de la venida de Jesucristo, era una figura de sucesos más importantes, que debían realizarse en él, ó para él despues de su venida. Así tambien, todo lo que ha pasado despues en el mundo, es como una figura de cosas muy distintamente graves, que precederán, acompañarán, ó seguirán á su última venida. Siguese de ahí, que la profecía de San Juan puede recibir, en algunas de sus partes, un doble cumplimiento: varios hechos, que se realizan primeramente segun el sentido literal de la prediccion, son, además, un bosquejo del grande acontecimiento que terminará la historia del universo.

VI.

Las antiguas profecías tenían unas oscuridades, que solo se han disipado completamente el día en que, realizados ya por entero los hechos, se los ha podido comparar con la prediccion. Así mismo, no se tendrá tampoco la plena inteligencia de ciertas partes del Apocalypsi sino al fin de los tiempos, cuando, vistos en su conjunto todos los acontecimientos, se darán un mútuo testimonio. Mientras tanto, empero, sabemos que la Iglesia, depositaria é intérprete divinamente autorizada de ese Libro misterioso, como de todos los demás Libros inspirados, provera siempre de alguna manera, á fin de que penetremos gradualmente su sentido, segun la necesidad de los tiempos, y que no estemos jamás sin recoger de él sus saludables frutos.

VII.

La oscuridad temporal de las antiguas profecías no fué óbice para que llevaran las almas á Jesucristo: eran, en un principio, unas lámparas que brillaban en las tinieblas, pero se convirtieron despues en antorchas resplandecientes de una esplendorosa luz. Así tambien las dificultades, que presenta la interpretacion del Apocalypsi, no han impedido á los fieles de todos los tiempos el hallar en ese libro divino mucha luz y virtud, para juzgar perfectamente de los acontecimientos en su relacion con Jesucristo, y hacerles esperar con valor su venida.

La oscuridad de que á veces estaríamos tentados á quejarnos, débese, ó á la debilidad de nuestra inteligencia, ó á un designio particular de la Providencia, digna siempre de nuestros respetos, y, á menudo, de nuestra especial gratitud.

VIII.

Las diferencias que se encuentran en las aplicaciones hechas de las palabras del Apóstol á sucesos realizados ya, no prueban siempre que exista contradiccion entre los intérpretes, porque es admirable la fecundidad de la Escritura; y puede ocurrir, que un mismo pasaje se refiera á varios acontecimientos análogos, que se hallarian caracterizados á la vez en un cuadro único. De este modo, ciertas partes de la profecía, que aluden, ya á la proteccion de Dios sobre los buenos, ya al castigo de los malos, reciben en el curso de los siglos un cumplimiento parcial, que llegará á ser entero y perfecto el día de la grande consumacion.

IX.

La historia del mundo se compondrá hasta el fin de dos elementos: el mal, y el bien. De estos dos elementos formáronse dos ciudades, llamadas Babilonia una, y Jerusalem la otra. Son dos imperios confundidos segun el cuerpo, y separados segun el alma. Teniendo el uno por jefe á Satanás, resume lo que es la idolatría, bajotodas sus formas: la base de sus leyes es la triple concupiscencia. Los que forman parte de él, se llaman los hijos de Babilonia, y llevan

impreso el carácter de la bestia; es el mundo con sus errores, sus pasiones y su perversidad. El otro tiene por rey á Jesucristo, y por ley única el amor de Dios, que llega hasta la inmolacion de sí mismo; en cuyo amor se ama y se desea todo lo que es bueno, puro y santo. Los que pertenecen á este imperio se llaman hijos de Jerusalem, ó de la paz, porque no quieren el descanso sino en la tranquilidad del orden. Donde quiera que domine el error y la corrupcion, allí está Babilonia, que el nombre importa poco: Babilonia, hija primogénita de Satanás, ó Roma pagana, u otra ciudad cualquiera formada á su imagen, todos son de la misma familia, y les está reservada la misma suerte. Donde quiera que reine la integridad de la fe, la pureza de las costumbres, la practica de las obras, allí está Jerusalem, sociedad de los hijos de Dios, que lleva su sello divino.

Estos dos imperios están en guerra permanente: la lucha se perpetúa hejo todas las formas: los malos no cesan de perseguir á los buenos, que se niegan á entrar en sociedad con ellos y tomar parte en sus pecados. Estos combates se hallan descritos en el Apocalypsi.

X.

El mal está siempre en lucha con el bien; pero jamás está el bien lejos del triunfo: porque mil años equivalen á un día ante el Eterno, y para los que aspiran á la eternidad, Dios y su Cristo presiden la lucha, y protejen á sus combatientes, ya directamente por sí mismos, ya por el ministerio de los Angeles, empleando medios que ninguna sabiduria humana puede prever, para apoyarlos y derrotar á sus enemigos. Si por un momento parece prevalecer la perversidad de Satanás y de sus secuaces, serán por esto más espantosos su derrota y su ruina. Puede la Iglesia verse violentamente atribulada, y oprimida; pero la alegría momentánea de los opresores va siempre seguida de la venganza de Aquel, que sabe dar á cada uno segun sus obras. En varios pasajes del Apocalypsi aparece manifestamente esta consoladora intervencion.

XI.

Das cosas pueden distinguirse en el Anticristo: el cuerpo, y el jefe. El cuerpo es una persona moral, el jefe un individuo determinado: á la manera que Jesucristo, cuyas obras quiere imitar Satanás para destruirlas si pudiera, es el jefe de la Iglesia que forma su cuerpo místico. Fórmase el cuerpo del Anticristo de todas las falsas religiones, de las herejías, de los cismas, de las filosofías adulteradas, que se han divorciado de Aquel que es la luz; de todo imperio enemigo de la Iglesia, de toda sociedad que se ha despojado de su carácter cristiano, de toda persona que se separa de Jesucristo. Todas estas cosas, errores, instituciones, individuos llevan el carácter de la bestia, y viven de su espíritu. Cuando esté enteramente formado ese cuerpo, y hayan recibido su completo desarrollo todos los miembros que lo componen, vendrá el jefe á unirsele; y de todos esos elementos saldrá el más monstruoso poder de error y de destruccion que se haya visto jamás. Será, por decirlo así, Satanás encarnado en un solo hombre, al que comunicará la plenitud de su perversidad, de su impostura, de sus prestigios; y ese mismo hombre estará robustecido con todos los elementos de maldad y de perdicion acumulados por los siglos. (Véase la Nota preliminar á la segunda epistola á los Tesalonicenses.)

XII.

El que parte de este doble dato, las dos ciudades, y la distincion entre el cuerpo y el jefe del Anticristo para explicar el Apocalypsi, tiene la seguridad de entrar en el espíritu de la profecía, aún cuando le quedara alguna incertidumbre en la aplicacion de la letra á tal ó cual acontecimiento. Allí donde estén manifiestos los caracteres de Babilonia, los rasgos del Anticristo, y el sello de la bestia, puede libremente decir, que caerán allí la ira y los castigos anunciados por el Profeta.

XIII.

Caminando simultáneamente dos pueblos enemigos hácia la consumacion de sus des-

tinios, los incidentes del viaje son combates, revoluciones, catástrofes, victorias, derrotas, que ofrecen una inmensa variedad; pero, lo que no cambia, es la accion manifiesta de la divina Providencia en la vida de las naciones, considerada en su más elevado punto de vista. No es maravilla que esos hechos, tan sorprendentes, hayan sido revelados al Profeta con una variedad tan grande de imágenes y figuras, que tienen todas su carácter apropiado á los sucesos, aun cuando se resuman en una sola idea: lucha incesante de los partidarios del mundo contra los servidores de Jesucristo; éxito pasajero y falsa alegría de aquellos; consuelo y triunfo definitivo de éstos.

XIV.

Dando una ojeada á lo pasado, encontramos en él la garantia del porvenir. Los juicios terribles que Dios ha ejercido ya sobre el imperio Romano, sobre los perseguidores de su Iglesia, sobre los reinos anticristianos, en los jefes de sectas, en todos esos hombres horribles que corrompieron el mundo; responden de la verdad de los divinos oráculos en lo que queda por cumplirse.

Ese mismo pasado nos muestra tambien á la Iglesia siempre combatida, y saliendo siempre victoriosa de la lucha, sin haber perdido jamás la más minima partecilla del depósito cuya custodia le confió su divino Jefe. Tampoco le faltarán en el porvenir las promesas que recibió.

XV.

De la lectura del Apocalypsi recibirá luz, consuelo, y fortaleza quien lo lea con disposiciones verdaderamente cristianas, para conocer sus deberes, adorar y admirar los designios de Dios sobre su Iglesia, para animarse á permanecer inquebrantable en la fe, y hacer su laborioso viaje como verdadero cristiano, fija la vista en el objeto, y llen de confianza en las divinas promesas.

Recorriendo aquellos cuadros vivos y animados, aquellas alegorias transparentes, aquellos emblemas tan expresivos, concíbese de la Majestad divina una elevada idea; respiranse sentimientos de confianza y de amor, de temor y anonadamiento; sobrecójese uno en respetuosa admiracion, y ad-

quiere mayor circunspeccion para huir del trato de los malos, cuya suerte futura espanta.

Luego, por poco que se quiera penetrar el sentido de esas figuras, se reconocerán á menudo las facciones de aquellos que designan. Las hay, sobre todo, que forman una extensa galeria de cuadros, al pie de los cuales podrian escribirse los nombres de personas que pertenecen ya á la historia; por estar suficientemente indicados en ellos el carácter propio de sus doctrinas, de su espíritu, y de sus obras.

XVI.

Sin embargo, ántes de aplicar de una manera determinada tal ó cual parte de la profecía á unos sucesos realizados ya, es necesario hacer un estudio profundo de los hechos, á fin de conocer exactamente la naturaleza de los mismos, sus circunstancias ó importancia. Por lo tocante á los acontecimientos no realizados todavía, podrán consultarse las extensas interpretaciones, acordándose, empero, de que para los detalles debe uno concretarse á menudo á unas conjeturas más ó ménos plausibles. Sabemos que todo se realizará; pero no estamos igualmente ciertos de comprender de antemano de un modo exacto, lo indicado bajo tal ó cual figura.

No permitiéndonos entrar en el pormenor de las aplicaciones, los limites á que debemos concretarnos, dejamos este cuidado á los grandes Comentaristas, y al lector que quiera hacer un estudio especial de ese Libro divino. Bastanos el haber dado una direccion general, y para las notas particulares nos limitaremos á las que hacen más para el objeto y el plan de nuestro trabajo. Con mayor motivo lo hacemos, puesto que al frente de la segunda epistola á los Tesalonicenses se encuentran ya muchas aclaraciones, que pueden servir para la inteligencia del Apocalypsi.

XVII.

No es el Apocalypsi un discurso continuado donde deban buscarse colocados de cabo á cabo, desde el principio hasta el fin, los acontecimientos por orden histórico. Las visiones que se suceden, no son siempre una continuacion la una de la otra;

sino que á veces la que se presenta en segundo lugar, muestra lo mismo que la precedente, bajo otra forma, para ponerla más en relieve; otras veces, la vision nueva vuelve á llevar al profeta hácia lo pasado, ó anticipa acerca de lo venidero, á fin de que los acontecimientos se presenten en su conjunto y bajo todos sus aspectos.

Es preciso acordarse también, de que, en el lenguaje de la Escritura hay números misteriosos, tales como 7, 10, 12, 1000, que no deben tomarse siempre literalmente, sino que tienen á menudo una significación particular, que es útil estudiar en los Padres y Doctores de la Iglesia. Varias veces se usan en el Apocalypsi, para expresar una cierta universalidad, ó perfección, algo completo ó indefinido, que no lo expresaría tan exactamente otro número.

XVIII.

Cuando se habla del sentido figurado del Apocalypsi, no debe creerse uno obligado á reducir á emblemas ó á alegorías todo lo que se manifestó á san Juan en esa misteriosa revelación. Es indudable, que muchas cosas se realizaron ya, ó se realizarán, bajo una forma de la que es solamente la vision una imagen sorprendente, propia para hacerla sensible á los ojos del profeta; pero muchas también pueden realizarse al pié de la letra, y segun el sentido natural de las palabras. Por ejemplo, nada impide que tendremos en su forma natural esa íomensa profusion de riquezas materiales, con que Dios se complacerá en embellecer la mansion de sus Santos, y esa abundancia de oro y de perlerías, esa dulce serenidad de una luz indefectible, ese rio de agua viva y pura, esos frutos tan variados, esas hojas llenas de salud y de vida, esos cánticos armoniosos; pero no en la forma que conocemos, y que ha sido singularmente reducida por la entrada del pecado en el mundo, sino en la forma que Dios sabe, y que perfeccionará para el sitio donde ya no será posible el pecado. Nada impide que creamos, que disfrutaremos de esas cosas, pero con tales condiciones, que nos cuesta trabajo formarnos una idea de ellas, desde que las criaturas materiales no se prestan ya sino con pesár y repugnancia, hasta para puestras más indispensables necesidades. Véase, Rom. VIII, 49-23; y II Pedro,

III, 13. Autores muy graves defienden esta opinion, que es también suya.

Lo que acabamos de decir, no contradice en manera alguna los diversos y bellísimos sentidos espirituales, que un gran número de intérpretes dan á estos pasajes. Porque las mismas cosas pueden ser simultáneamente realidades y emblemas: pueden realizarse al pié de la letra, sin dejar de ser la figura de cosas más sublimes aún, y más perfectas. Fuera de esto, fácil es comprender, que Dios, queriendo también recomendar al cuerpo, será pródigo de todos los bienes que puedan contribuir á la felicidad de ese cuerpo, segun las nuevas condiciones de su sér transformado y glorificado.

XIX.

Terminamos con una última observación general, que hicimos en la segunda epístola á los Tesalonicenses; y es, que los acontecimientos y la marcha del mundo parecen levantar, poquito á poco, los velos de la profecía. Así es, que, en los siglos de fe, cuando no se habían perdido, ni la idea, ni el amor de la verdadera libertad, que nos trajo Nuestro Señor, veíase ménos distintamente como podría llegar el *hombre de Perdicion* á perder al género humano, y á triturar, pisoteándolos, sus cuerpos y almas; y preguntábase todos, por medio de qué prodigio de súbita degradación, renunciarían su libertad unos hombres libres, hasta el punto de convertirse en una reunion de esclavos indefensos. Ciertos progresos nos han abierto los ojos, y hecho comprensible lo que era un misterio para nuestros padres. Hace ya mucho tiempo, que el Espíritu de Dios, que lo es de verdadera libertad, se va retirando de nuestras sociedades, á medida que se van paginando; y el espíritu revolucionario, bajo el nombre de espíritu moderno, deposita y cobija en todas partes gérmenes de despotismo. Muchas personas, poco atentas, ó harto fáciles de tranquilizarse, no los observan, ó los miran con indiferencia; pero el espíritu del mal conoce su fecundidad y su vigor, y por esto los multiplica, y cuida con amor, esperando llevarlos á su completo nacimiento y desarrollo. Realizándose sus proyectos, manifestaríase un socialismo mil veces más temible que el comunismo, soñado por las masas, en ciertas épocas de fermentación

y de crisis. Jamás tuvo probabilidad de duracion el comunismo de la calle; porque no tardarian los que lo practicasen en devorarse también mutuamente, entre la sangre y las ruinas.

Si hemos de juzgar por las tendencias de la revolucion que discurre, el socialismo gubernamental estaria mejor combinado, más sólidamente organizado, y procedería de una manera más regular, en apariencia. Partiendo de este principio, que todo depende únicamente de él, que todo le pertenece, que tiene derecho á una fiscalización universal y absoluta, el Estado se proclamaría la sociedad, para obrar con una omnipotencia, y una especie de omnipresencia, ante las cuales todo debería ceder. Sería, empero, necesario, que ese Estado se personificara en una individualidad, que tomara su nombre y que fuera el Dios-Estado visible y palpable, mandando y obrando segun su voluntad, y no tolerando que nada se librara de su accion. Esto supuesto, viendo que hoy el mundo se resiste medianamente á la realizacion de semejantes planes, no necesita acudir á otras hipótesis: bastanos ésta para hacernos comprender cuales podrian ser, un dia, los medios del Anticristo, cuál la forma de su imperio, y cómo, sin que perderlo siquiera positivamente, pueden prepararse, con el tiempo, los elementos de una espantosa tiranía.

Pero, ¿dónde estarian entonces los grandes encomiadores de la libertad, que tan adictos parecen á la manumision del universo? ¿Pregunta en exceso cándida! Estarán, como siempre, de hinojos á los piés del amo, inspirando ellos mismos, aprobando y secundando todas las medidas opresoras. Al sentarse el Anticristo en el trono, llamará á los incrédulos é ímpios más capaces de ayudarle, por consiguiente, á los que más saben desfigurar el sentido de las

palabras, y embaucar á los hombres con unas cuantas frases, y contestarán solícitos á su llamamiento. Presentarásen entónces una bella ocasion para satisfacer sus pasiones egoístas, y también el odio que tienen en su corazón á la verdad y á la virtud. Ninguna dificultad ni inquietud sentirán por sus bellos discursos acerca de la libertad, y del bienestar de los pueblos. ¡La libertad! la tienen completa para el mal: al mundo debe bastarles esto. ¡El bienestar! están repletos y saturados: ¿quién tendria en lo sucesivo derecho para quejarse?

Pero ¿cómo puede suponerse esto, habiendo grandes multitudes armadas y dispuestas para todo mal? Esta pregunta demuestra más sensibilidad de alma, que conocimiento de la historia y del corazón humano. Reunidos los hombres sin fe bajo la bandera del pecado, no retroceden ante ningún atentado. Se les dice que maten, y matan; que roben, y roban; que destruyan, y destruyen; que profanen, y profanan. Viven en una atmósfera que extingue el sentimiento moral, y en la que la voz de la conciencia individual no parece sino un vano escrúpulo ante la comun iniquidad. Raro es el gran malvado, rico, y poderoso, a quien le haya faltado algunos subalternos para ejecutar sus órdenes, sean las que fueren.

Por lo demás, no estamos obligados á explicar de una manera exacta cual será la forma del reinado satánico del Anticristo. Basta lo que acabamos de decir, unido á lo que llevamos dicho en otras partes, para poner en evidencia muchas raras posibilidades; y para mostrar, cómo muchas cosas pueden preparar la realizacion de esas posibilidades. Sabemos positivamente que vendrá ese reinado, y que será horrible: pero las circunstancias accesorias continúan aun siendo, en parte, el secreto de Dios, que lo manifestará oportunamente.